

# Asia, Africa y Oceanía

**E**L futuro de Asia, Africa y Oceanía? He aquí un interrogante de ardua y problemática respuesta, tal como están las cosas (y en unos cuantos folios). ¿Qué decir de su futuro?

Hoy el mundo se ha empequeñecido y se da la más fuerte interdependencia de toda la historia entre países y continentes. Pero no es una interdependencia igualitaria y aceptada, sino desigualitaria e impuesta por los más fuertes. Los más fuertes son los países industrializados, los «superdesarrollados», los que viven ya en la abundancia, en la dispendiosa «era espacial». Los otros son los subdesarrollados, esos a los que metemos todos juntos en el mismo saco del «Tercer Mundo», es decir, los pobres.

Los primeros dicen vivir en la «sociedad postindustrial», en un «mundo nuevo». Y es verdad: nunca tuvieron tanto. Los segundos viven en un mundo muy antiguo, muy conocido, monótonamente igual al que nació, para ellos, con la implantación de la dominación colonial europea. Para estos no hay «mundo nuevo» ni —no queremos ser sarcásticos— «era espacial». Su futuro sigue condicionado por quienes esta-

mos en plena *grande bouffe* planetaria a costa de sus recursos, y queremos seguir en ella por todos los medios.

¿Qué futuro, qué esperanza, pues, hoy, para los países pobres? ¿Sobre qué base pueden intentar planear su futuro y de qué elementos disponen para ello?

Veamos. Hoy, y desde hace dos o tres décadas, se está produciendo ante nuestros ojos de occidentales satisfechos un gigantesco cambio, aún no del todo consolidado. El mundo que el colonialismo y el subdesarrollo parecían uniformizar, se diversifica, presenta nuevas facetas, paisajes antes nunca imaginados. Los países antes colonizados se desoccidentalizan, se alejan de Europa para reiniciar una vida propia y autónoma en lo posible y en lo rentable. Esto no ocurre sólo en Africa y en Asia —los menos dañados por el impacto europeo—, sino también en las destrozadas islas del Pacífico y, ¿quién lo diría?, incluso en América. Nosotros nos limitaremos aquí a hablar de asiáticos, africanos y oceanianos.

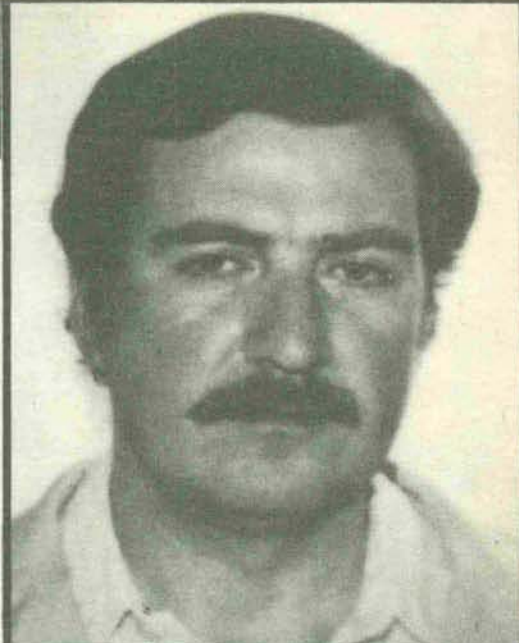
Para estos ese futuro, si llega, va a ser (ha de ser) el resultado de una difícil lucha en tres



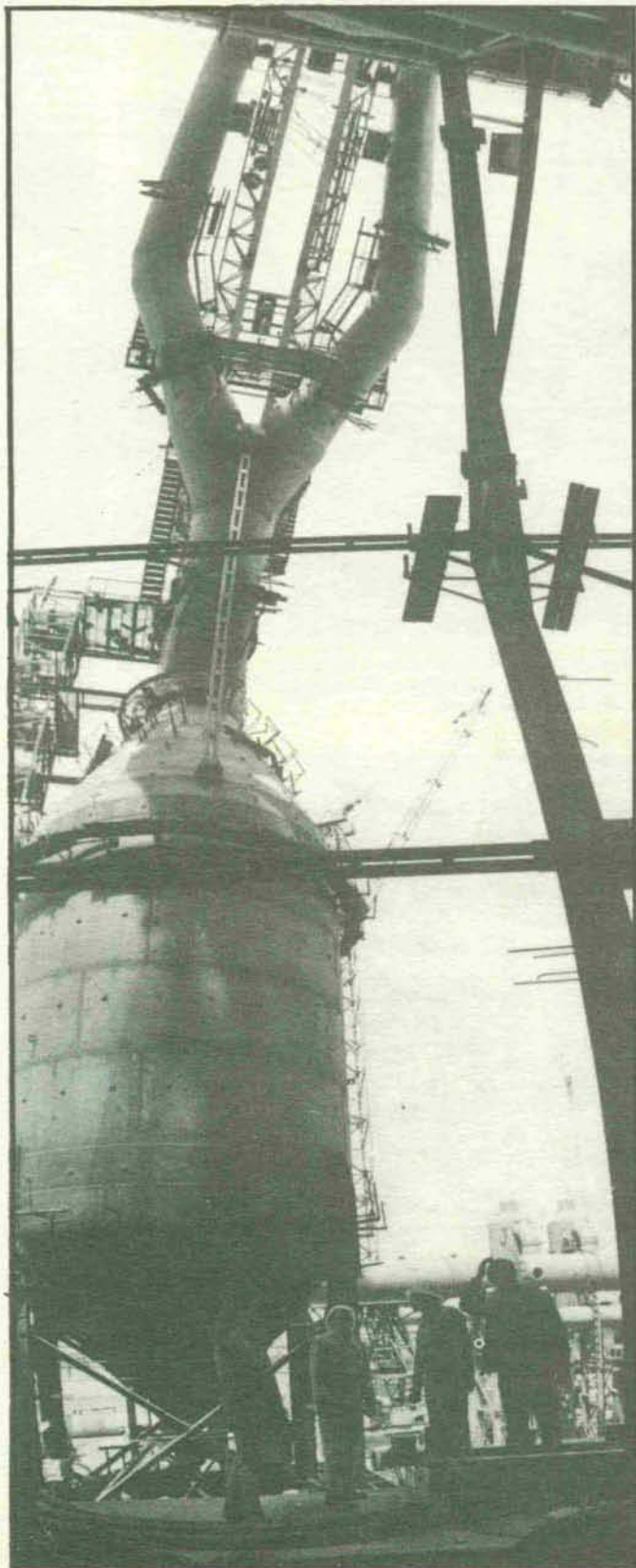
Mientras el Papa pide calma y el mercenariado científico promete futuros paraísos, la miseria aumenta en un mundo subdesarrollado dominado por las transnacionales.



# ante el futuro



**Carlos A. Caranci**



Pese a las críticas a que se ve sometida hoy la industrialización sigue siendo considerada base indiscutible del desarrollo en los países subdesarrollados. En la fotografía, complejo metalúrgico en Egipto.

frentes: contra la miseria; para recuperar la identidad cultural; y para colaborar en la muy penosa y revolucionaria tarea de buscar modelos viables de sociedad que permitan sobrevivir al hombre sobre este planeta en deterioro. Muy difícil lucha. La soberanía política puede quedar neutralizada por el control neocolonial, y la libertad económica y la reconstrucción cultural pueden quedar anuladas por la elección de modelos de desarrollo agresivos, ciegos o inviables, como el occidental.

Este tándem cambio-recuperación histórica se articula, en lo *económico*, a través del control de los propios recursos; en lo *político e ideológico*, a través de innumerables tanteos y tensiones, de probar fórmulas viejas y nuevas, autóctonas o extrañas (liberalismo, comunismo, socialismos islámico, budista, africano, populismos, nacionalismos, etc.). Finalmente, en lo *cultural y filosófico*, se articula a través de la revigorización del budismo, del Islam, del comunitarismo africano o de la creación de formas nuevas como la negritud, el modernismo islámico, etc. En este gran «movimiento» no hay en principio derechas ni izquierdas, siendo un fenómeno global en el que predomina intencionalmente el componente cultural. Pero en la práctica los componentes políticos y económicos son determinantes.

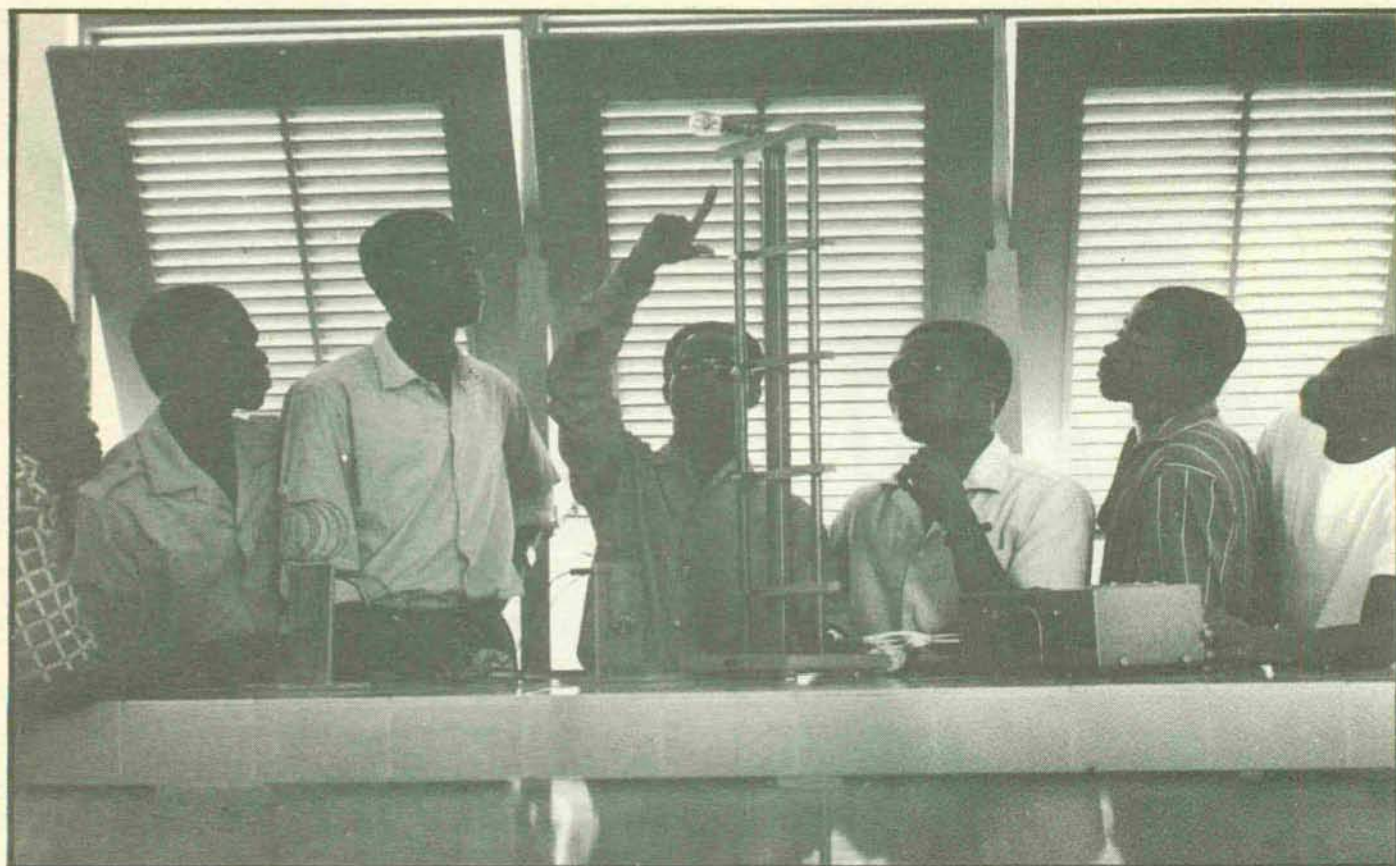
---

## Salir de la miseria

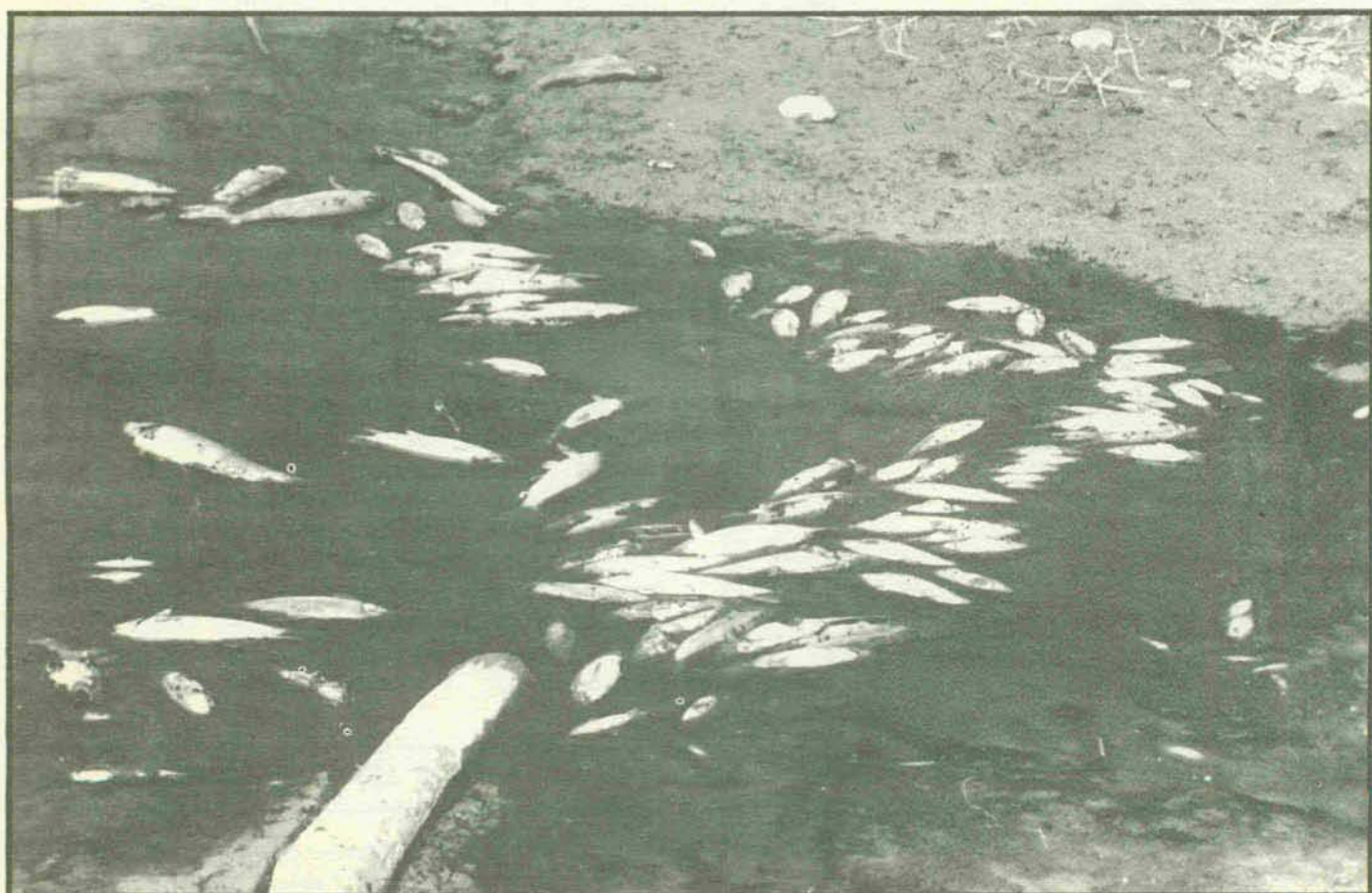
---

Para ello, los impedimentos son gigantescos y de apariencia insalvable: demografía galopante, hambre, dependencia del exterior, escaso nivel tecnológico, creciente deterioro del





«No hay neutralidad de la técnica —dice Samir Amin—. Sus males no derivan sólo de una “mala” utilización, sino del propio proyecto técnico, que acaba teniendo fin en sí mismo y reforzando la dominación de una élite burguesa o de tecnoburócratas.» En la ilustración, un profesor y universitarios en Costa de Marfil.



Durante los últimos 25 años la contaminación de los países subdesarrollados, pese a su optimismo inicial, ha aumentado en un 350 por 100.





Nehru (izquierda) y Zhou Enlai (derecha), dos de los grandes dirigentes del afrasiatismo, que echaron las bases del futuro independiente de las ex colonias. En el centro de la foto, Indira Gandhi, actual Primer Ministro de la Unión India.

medio natural, desempleo, éxodo de cerebros, gastos suntuarios o de prestigio excesivos, etc.

En efecto, si en 1960 había 2.919 millones de habitantes sobre el planeta, en el 2000 habrá 6.278 millones, de los que unos 5.000 corresponderán a los países subdesarrollados, y para el 2050 se esperan 12.000 millones... cuando el límite soportable por la Tierra es de 8.000 (1).

La pobreza aumenta. La renta per cápita de los desarrollados es de unos 7.500 dólares al año, la de los no desarrollados, de 620. La esperanza de vida de los primeros es de setenta y tres años, la de los segundos, de cincuenta y seis. Si en 1700, dice P. Bairoch, la diferencia de nivel entre ricos y pobres era de 1,8 a 1, hoy supera la proporción de 40 a 1, y para el 2000 se estima en 90 a 1.

La mayor hambruna de la historia ha comenzado ya, afirma el agrónomo francés René Dumont, y sus «avisos» han sido las carestías del

(1) Pese a los optimismos transnacionales de futurólogos como H. Kahn o A. Berry, y a los optimismos dogmáticos de marxistas como Vasiliev o Gúshev.

Sáhel, Etiopía, India y Bangladesh, Java, los Andes y el nordeste brasileño entre 1972 y 1980. La crisis alimentaria se agudiza: 450 millones de infraalimentados para el 2000, 50 millones mueren de hambre al año; 16 millones de niños entre uno y cinco años mueren cada año de desnutrición. Si la población crece en media en un 3,5 por 100 anual, la producción de proteínas aumenta sólo un 2 por 100. En el 2000 habrá un 10 por 100 de satisfechos y un 90 por 100 de hambrientos reales. El déficit de cereales es de 180 millones de m<sup>3</sup>, pero en Estados Unidos una vaca come al día 8,5 kg de maíz, lo mismo que 17 campesinos de África oriental.

Dumont acusa directamente a Estados Unidos y a otros países occidentales de utilizar el *food power*, el arma alimentaria para castigar o premiar comportamientos políticos favorables o desfavorables, y Samir Amin, el economista egipcio, insiste en responsabilizar al «capitalismo central». Según un estudio de la CNUCED, las transnacionales occidentales «controlan cada vez más el mercado mundial» y el «tan





Estados Unidos, cabeza del «capitalismo central», ha perdido terreno e imagen en África y Asia. En la fotografía: Carter ridiculizado por los manifestantes antinorteamericanos en Teherán, en 1980.



El chabolismo, fruto de la urbanización salvaje, es ya una plaga en los países subdesarrollados, con sus secuelas de desarraigo, desculturización y miseria. En la foto, chabolas en Pretoria (República Sudafricana).

cacareado desarrollo del Tercer Mundo no es más que la expansión manufacturera de las transnacionales» (J. Ziegler). «La URSS y países afines —prosigue Ziegler— y los países árabes millonarios en petrodólares no carecen de egoísmo nacional y de presión ideológica, pero su ayuda es más abundante, más barata y menos condicionada». Pero todos, socialistas y capitalistas, consumen demasiada energía, extraída, sobre todo por los segundos, de los países subdesarrollados.

Prosigue el deterioro de los términos de cambio: el precio de las materias primas disminuye, el de los productos manufacturados sube, constantemente, por decisión de las transnacionales.

La ayuda al mundo pobre no es tal, pues en gran medida vuelve al país donante en concepto de restitución de créditos y préstamos, pagos militares, beneficios de los inversores privados extranjeros, etc. Además, disminuyen cada año las cantidades destinadas a la «ayuda», habiendo pasado de 100 a 10 en diez años, estando condicionada, por si fuera poco, políticamente. Hay más: el Banco Mundial o el FMI sólo financian proyectos aprobados de antemano por las transnacionales.

La transferencia de tecnología es un fraude: salvo excepciones, es sólo desplazamiento geográfico del funcionamiento de la tecnología (A. Provent y F. de Ravignan).

Se incrementa el éxodo de cerebros: los países pobres pagan los estudios a quienes luego



suelen ir a ejercer a Occidente para los ricos. Para comienzos del siglo XXI se esperan de 45 a 50 millones de parados totales en el mundo.

El consumo de energía es astronómico en el mundo superdesarrollado: si se generalizase el sistema industrial a escala mundial, solamente el sistema agro-alimentario absorbería más energía que toda la que existe en este momento en el mundo. Materialmente, no es posible «desarrollar» a todo el planeta al mismo nivel alcanzado por los superdesarrollados: un neoyorquino gasta 500 veces más energía que un campesino indostano. Contabilizado en kilogramos de carbón, el consumo de energía por habitante y año en Estados Unidos es de 11.554 kg; en los Países Bajos, de 6.224 kg; en la URSS, de 5.259 kg; en España, de 2.399 kg... y en la India, de 218 kg, en Mauritania, de 102 y en Nepal de 11.

Las reservas naturales de materias primas van disminuyendo, no tan paulatinamente: para el 2035 se habrá agotado el petróleo, para el 2045, el gas natural, para el 2140, el aluminio, para el 2010, el cobre, y para 1990, el plomo.

Crece día a día la extracción a mansalva. Aumenta la erosión, la degradación de suelos, la desertificación (50.000 km<sup>2</sup> anuales), los insecticidas hacen estragos y no es fácil poner coto a la extensión meramente lucrativa de las superficies cultivadas por parte de las transnacionales agrarias, que ejercen un verdadero imperialismo ecológico a costa de recursos y tierras

ajenas y baratas, no sin la connivencia de las oligarquías gobernantes.

El problema ecológico es una realidad, ya, en Africa y en Asia —pero aún se está totalmente a tiempo— y se empieza ya tímidamente a poner en entredicho el desarrollismo y el industrialismo hasta hoy en auge.

---

### Cambios cualitativos

---

No hay control internacional sobre la depreciación, ni puede haberlo mientras los países saqueados no tengan más peso internacional. Pero los intentos de establecer estrategias locales o conjuntas (OPEP, por ejemplo), hoy de alcance limitado, tienen un futuro prometedor, en dirección a romper el control monopolista de los desarrollados sobre las materias primas.

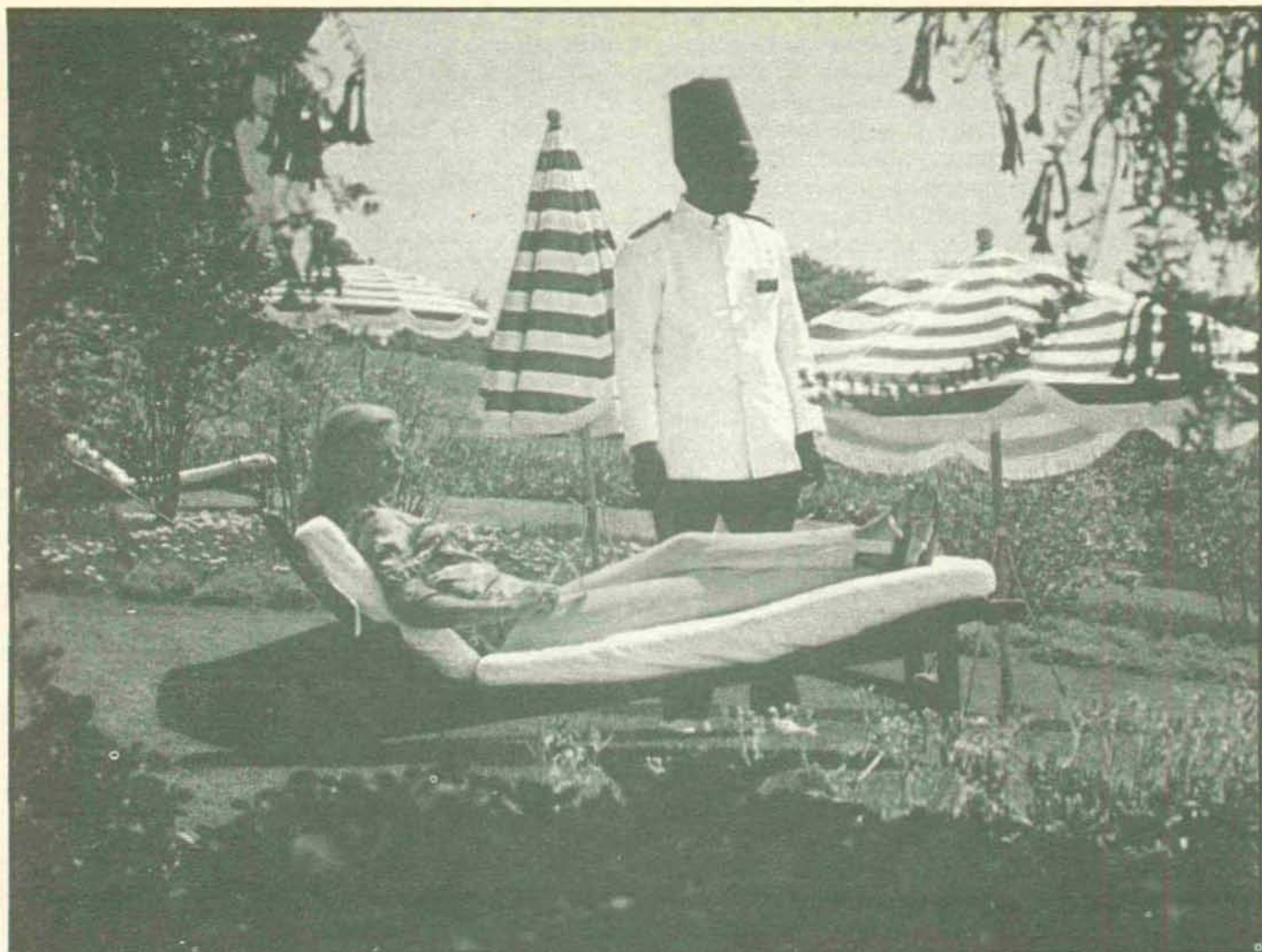
Los cambios de régimen pueden ser un paso adelante, pero no bastan. Además, políticamente, los regímenes de Asia o Africa están sumergidos en crisis y tensiones, derivados de la presión exterior, de la herencia colonial y de su propia gestión muchas veces incorrecta (problemas étnicos, de fronteras, golpes de Estado, vacíos de poder, etc.), pero también de algo en apariencia tan inocente como el propio mecenazgo del desarrollo (a la occidental).

Es cierto, sin embargo, que la descolonización es un hecho en todo el mundo, aunque subsistan contadas colonias en los cinco conti-



La occidentalización —que significa individualismo, elitismo, consumismo y europeización cultural— es garantía, para las transnacionales, de adicción al sistema capitalista: una familia kenyana, embutida en sus ropas europeas, ante su automóvil particular.





En las ex colonias el turismo ha heredado los modos, lujos, desigualdades y tics coloniales. Baño de sol mañanero en un complejo turístico de Kenya.

nentes. Pero la descolonización está muy lejana, con sus entusiasmos antiimperialistas un poco maniqueos, y hoy no bastan espontaneismos o acusaciones. Con todo, ciertos acontecimientos cercanos han cambiado muchas cosas en Africa Negra, en Asia meridional, en el mundo islámico: la derrota estadounidense en Indochina, el giro chino, la caída del imperio portugués, los acuerdos de Camp David o la revolución islámica de Irán, entre otros. Parece haberse producido, y esperemos no equivocarnos, como un leve retraimiento imperial y una levísima autonomización continental en Africa y Asia.

Mientras, sigue su marcha en el mundo subdesarrollado el deterioro sociológico y cultural, pese a los esfuerzos, aún dispersos, que realizan algunos gobiernos, algunos intelectuales y ciertas entidades para evitarlo. Deterioro iniciado por el colonialismo, prolongado por el neocolonialismo y por las élites «europeizadas» o «modernizadas». La urbanización aumenta, lo mismo que el paro, el chabolismo, la monotonización cultural, la criminalidad, las frustraciones, el control estatal y la crisis del mundo

rural, todo ello fruto, mientras no se demuestre lo contrario, de la difusión del modo de vida y del modelo de desarrollo occidental.

¿Cómo poner coto a la extensión de la occidentalización? Hoy el modelo occidental, con todos sus valores, se está mostrando inviable a nivel ecológico, es decir, a nivel de supervivencia.

Hoy no basta con denunciar la explotación y el neocolonialismo. Occidente no es sólo negativo por esto, sino por su modelo de sociedad, por su proyecto vital, que puede llevarnos a la destrucción del planeta. No está ya en juego sólo la supervivencia de un régimen político o de un sistema social; no se trata de «aumentar la ayuda», sino de cambiar de tipo de desarrollo. Lo que exigirá una revolución no solamente política, sino también cultural, no sólo cuantitativa (con moderación), sino cualitativa, filosóficamente nueva. Hay que crear, como dice el historiador de Alto Volta J. Ki-Zerbo un «Orden Nuevo», basado en un verdadero *desarrollo*: pero, hoy por hoy, esta noción de desarrollo «sólo puede tener una dimensión anticapitalis-



ta, porque el actual orden económico ha sido puesto en pie por el capitalismo».

Ese «nuevo orden» deberá fundamentarse en una serie de condiciones. *Limitación de la población*, empezando por los países superdesarrollados: no pasar de 7.000-8.000 millones, para bajar en un futuro a los 2.000 (R. Dumont), con un crecimiento no superior al 1,8-2 por 100 anual (P. Bairoch). *Independencia económica*: dar prioridad al mundo agrario, al mundo campesino, olvidando un poco el industrial; revolución agrícola como paso previo a una posible revolución industrial (moderada), con el fin de garantizar los alimentos, igual que hizo Europa en su día. Cortar las relaciones de dominación de los grandes trusts por medio del cambio político.

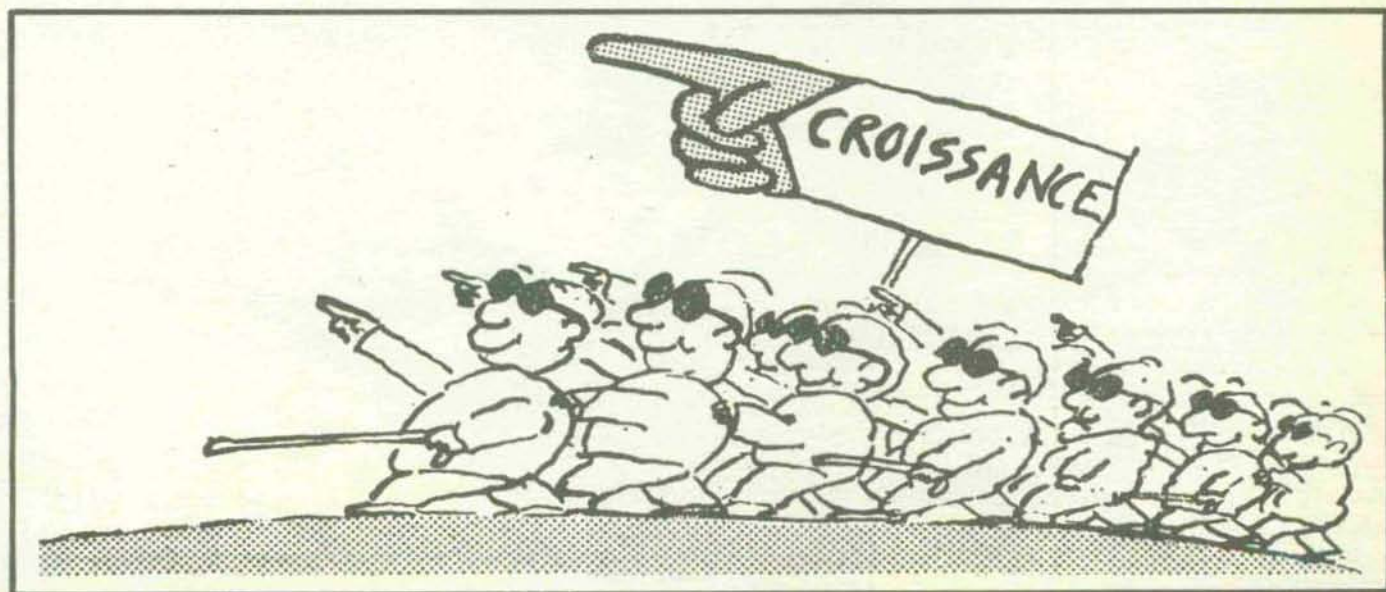
Mientras esto llega, hay que *repartir*: la estructura mundial del mercado de alimentos está en manos de los ricos, por lo que es necesaria una transformación estructural (2). No olvidemos que la abundancia existe ya, sólo hay que distribuirla. Haría falta un control por otras vías que no fuese el mecanismo de mercado, demasiado caótico (Dumont). Si no, prosigue Dumont, las revueltas serán inevitables al cabo de un tiempo, y no siempre ganarán los superarmados superdesarrollados. *Medio ambiente*: búsqueda de energías «limpias» y capaces de ser autogestionadas —no la nuclear, entonces— (Ki-Zerbo), inventar tecnologías nuevas, limitar voluntariamente el cambio y el crecimiento hasta alcanzar un equilibrio, limitar el consumo y sobre todo, el despilfarro, tratar de perturbar lo menos posible los procesos ecológicos. *Política*: crear socialismos de sólida base

(2) Dice Ziegler que «bastaría reorientar en un 2 por 100 la producción cerealista para paliar la desnutrición del Tercer Mundo».

agraria; transformación de nuestros malos hábitos sociológicos —la sociedad de consumo ni siquiera es deseable—; evitar la entropía en el sistema social para que no deba ser controlado férreamente o excesivamente centralizado. Hay que planear comunidades de pequeño tamaño, «visibles de un solo vistazo», escasamente urbanas, que gasten poca energía, necesitan poca burocracia, escaso poder político, donde el hombre no se encuentre solitario, donde prime el bien general, pero sin olvidar a los grupos minoritarios; tratar de dar un sentido a la participación política y no «matar» el entusiasmo político. Podría aprenderse mucho del estudio de la organización social de otros pueblos no industriales. Esta, para Dumont, para Ehrlich, para Goldsmith, para Ki-Zerbo, es una utopía razonable, con futuro —«hay que pensar en los ausentes, en las generaciones futuras».

Pero para que esto pueda llegar a ser así, se hace imprescindible un cambio de mentalidad, de ideología y de filosofía. Primero, hay que tener una consideración global de la Naturaleza, abandonando en lo posible el antropocentrismo. Habrá que acabar con la ciencia y la técnica como ideología, y con la idea de «dominio» sobre la Naturaleza, a la que se prefiere «vencer» para no estar «sometidos a ella», para «independizarnos», en lugar de tratar de adaptarnos a ella, como los «primitivos». En realidad, habría que preguntarse, con Lévi-Strauss, que ¿quién depende más de la Naturaleza, el que necesita escasos recursos para sobrevivir, o el que, como nosotros los desarrollados, los necesitamos en gran cantidad, de manera continuada y creciente, poniéndolos en peligro de agotamiento?

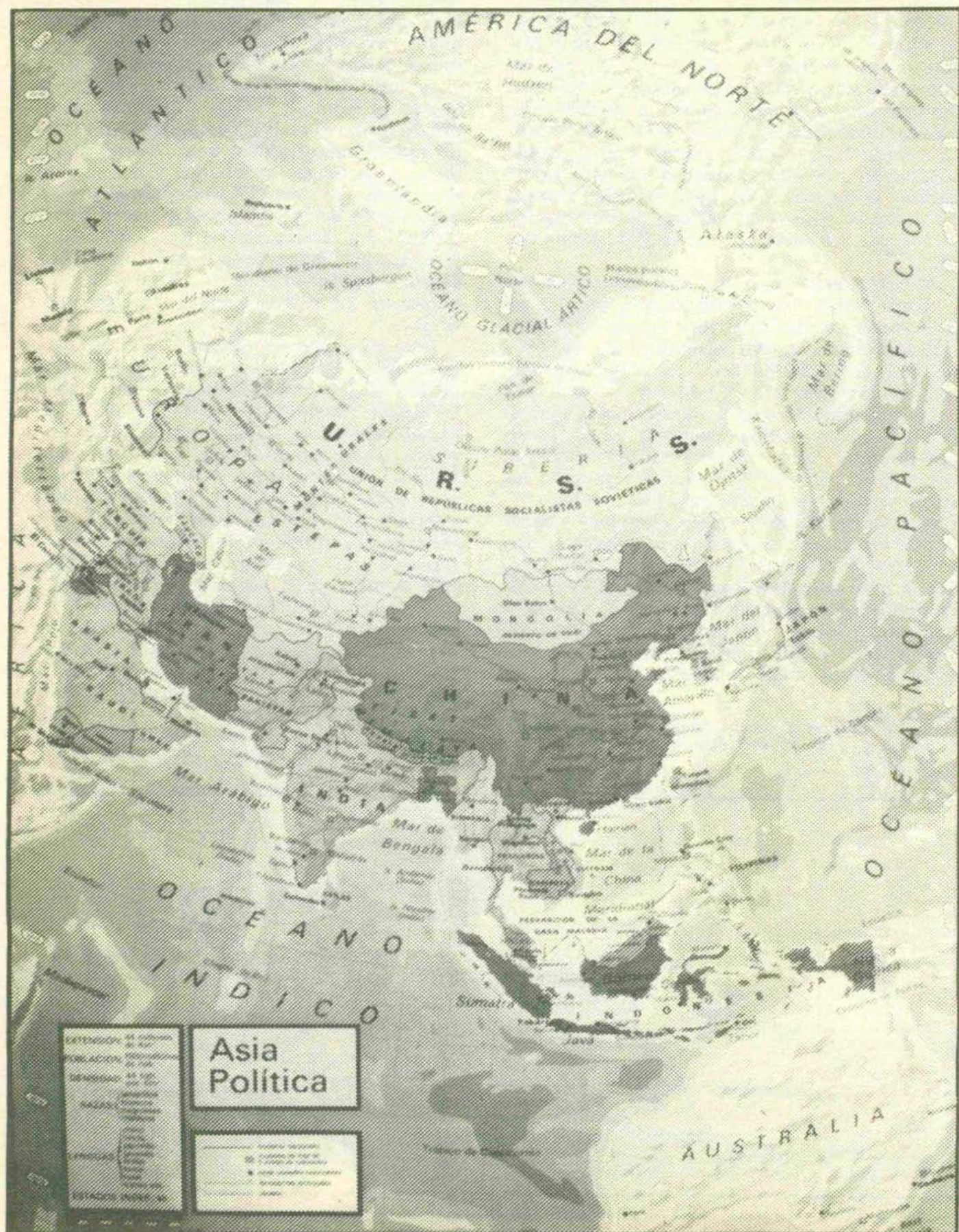
Demos ahora un somero vistazo a las perspectivas de Asia, Africa y Oceanía.



Un dibujante francés vio así la marcha de la Humanidad hacia el crecimiento económico incontrolado, a la que los subdesarrollados desearían incorporarse.



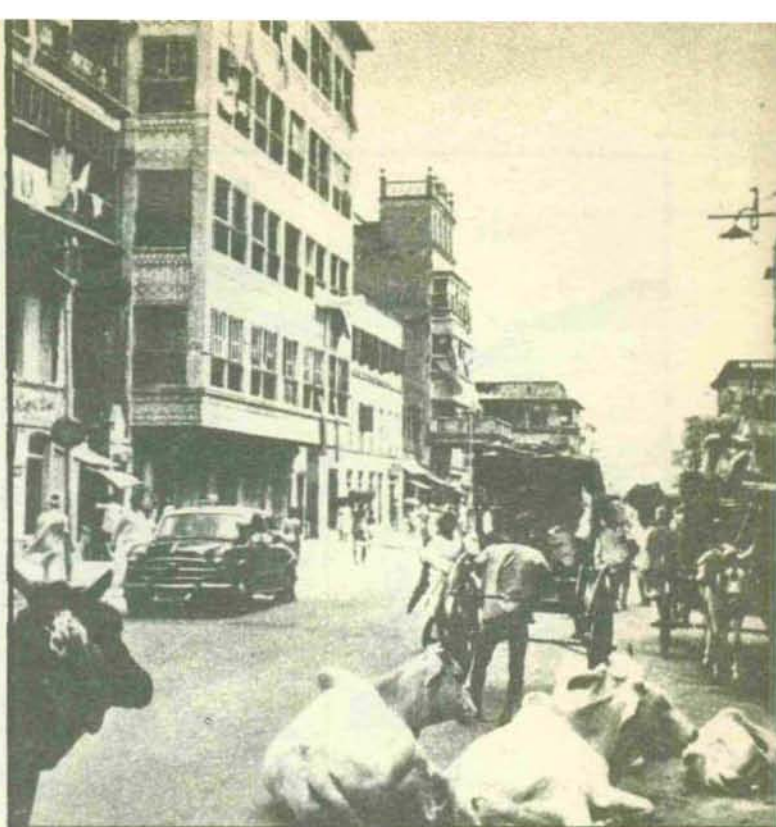
# ASIA





**A**SIA es un gigantesco continente con gigantescos problemas que condicionan rígidamente su futuro. El primero de todos, la miseria. En Asia encontramos a algunos de los países más ricos del mundo: Japón, Kuwait, etc., y otros de aceptable desarrollo (Mongolia, China, Arabia Saudita, Emiratos Arabes Unidos, etc.). Pero los pobres son mayoría, y varios de ellos se cuentan entre los más míseros del mundo (India, Pakistán, Filipinas, Indonesia, Sri Lanka, Bangladesh, Nepal...).

En Asia hay demasiada población: si en 1960 había 1.620 millones de habitantes, en el 2000 habrá casi 3.900 millones. El control de nacimientos es sólo medianamente efectivo. El hambre es una constante; sólo en Asia meridional el déficit de alimentos es de 400 millones de Tn. La industria está muy localizada y las «revoluciones verdes», como la de la India, han fracasado. Los asiáticos necesitan más ayuda, cambios en la estructura agraria y una mayor diversificación de la producción. Algunos países están en manos de las transna-

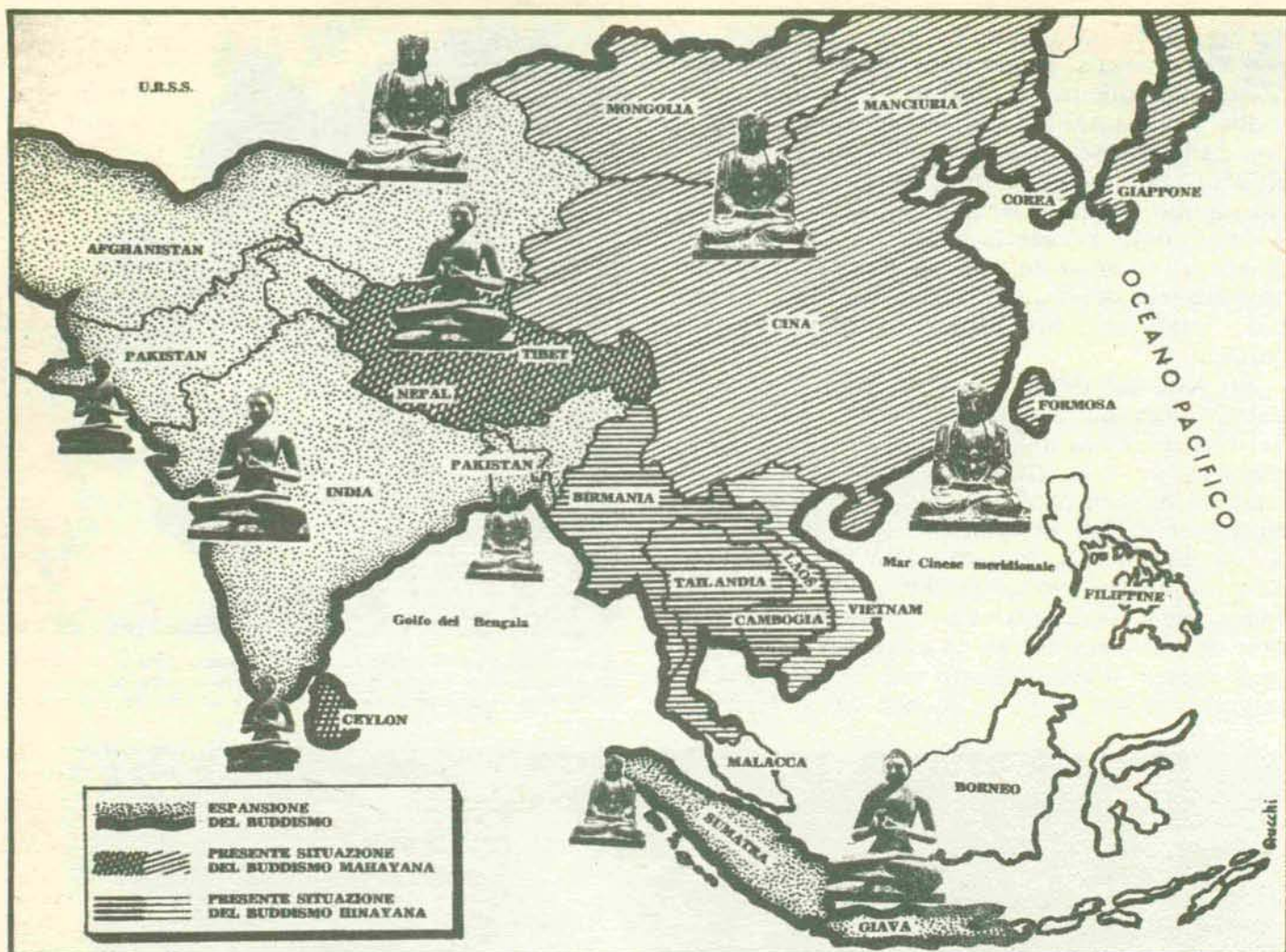


El hinduismo es el cohesivo de la sociedad india y, por tanto, punto de partida natural para lo que llamamos «modernización». En la foto, vacas «sagradas», uno de los tópicos del hinduismo.



Derrotados en Vietnam, Estados Unidos busca permanecer en Asia a través de organizaciones formadas por países adictos, como la Asociación de Naciones de Asia del Sudeste (ANASE), ante cuya asamblea habla el presidente filipino Fernando Marcos. (En la foto.)





Mapa del budismo: Traducción de la leyenda:  
 — Expansión del budismo.  
 — Situación actual del budismo mahâyâna.  
 — Situación actual del budismo hinâyâna.



La «colmena», imponente y europeizante del Ayuntamiento de Tokyo.

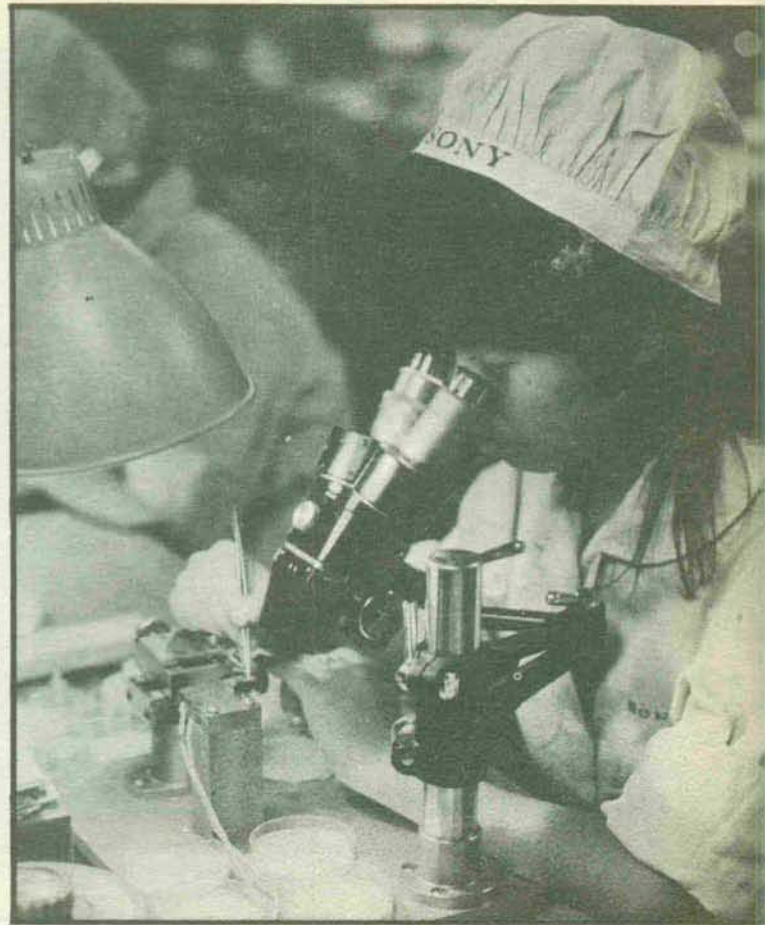


ciones japonesas, británicas o estadounidenses, otros nacionalizan selectivamente, como la India. Otros países se han dotado de un régimen económico de tipo socialista.

Políticamente, Asia es un mundo complejo y dispar, que la colonización y luego la descolonización alteraron en su estructura territorial, pero no en la continuidad de sus grandes conjuntos históricos. Por otro lado, hoy casi no quedan colonias: dos británicas, Hong Kong y Brunei, y una portuguesa, Macao, si no contamos los territorios árabes ocupados por Israel. En otro campo, la derrota estadounidense en Vietnam ha representado un giro decisivo para Asia y, en concreto, para la reestructuración del maltratado sudeste asiático. Hay que destacar, asimismo, el protagonismo creciente del Islam y la presencia tradicionalmente estabilizadora de la India. Pero subsisten conflictos (Palestina, guerra Irán-'Irán, guerra de Afganistán) y una gran incógnita para el futuro, China.

En el momento de la descolonización los asiáticos se volvieron automáticamente hacia el mundo precolonial, que había quedado como congelado, y emprendieron la tarea de recomponerlo y restablecer el contacto entre la tradición y el mundo moderno.

Esto ocurrió en el área hinduista, y en particular en la India. Pero después de treinta y cuatro años de independencia muchos son los escépticos. La mayoría de los problemas siguen



Hoy el imperio japonés es económico. Sus transnacionales — como la Sony, a la que pertenece la empleada de la fotografía — compiten duramente con las europeas y estadounidenses.



Pese al enorme desarrollo urbano —en la fotografía, Cantón—, el régimen socialista chino ha sido el único, según Dumont, que ha creado una agricultura nueva y viable, sin volcarse en la industrialización.



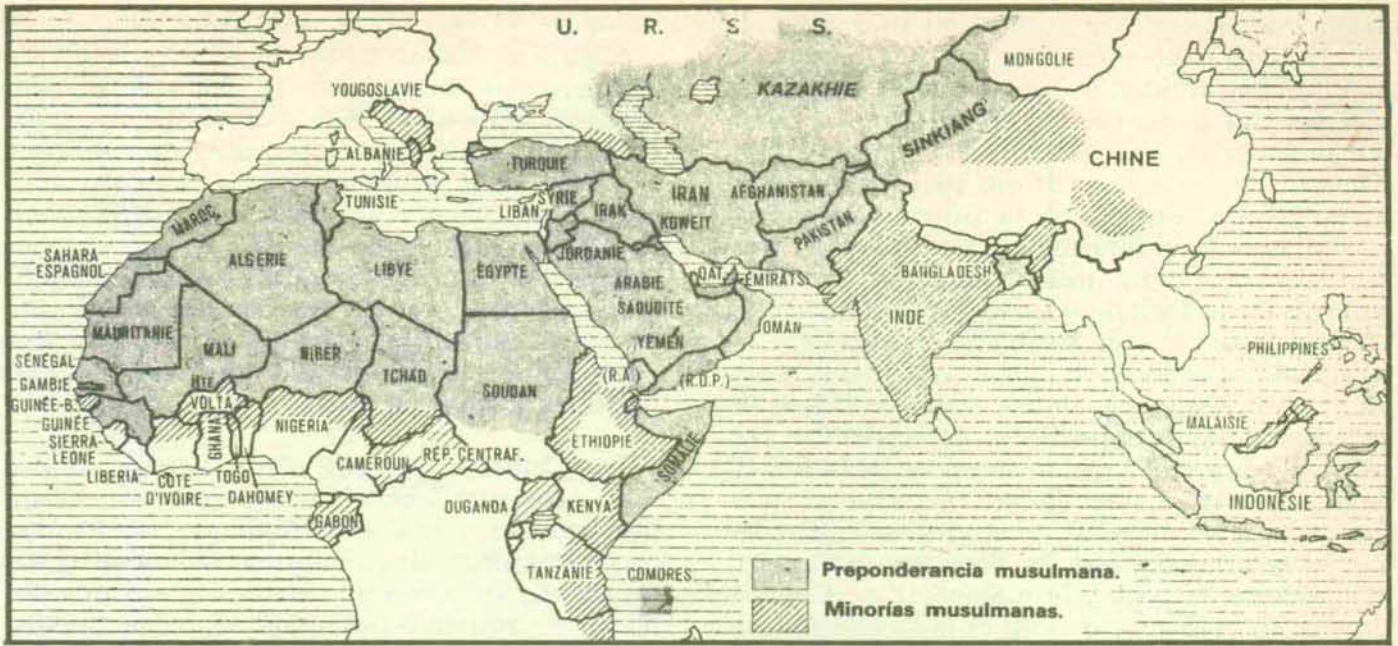


China es un «país del Tercer Mundo con aspiraciones de gran potencia»: ya en tiempos de Mao se «rehabilitó» al emperador unificador y expansionista del siglo III, Ch'in-sheh Huang-ti.



Palacio de la Cultura Sino-Soviético en Pekín. Pero la amistad entre ambos países es cosa del pasado.



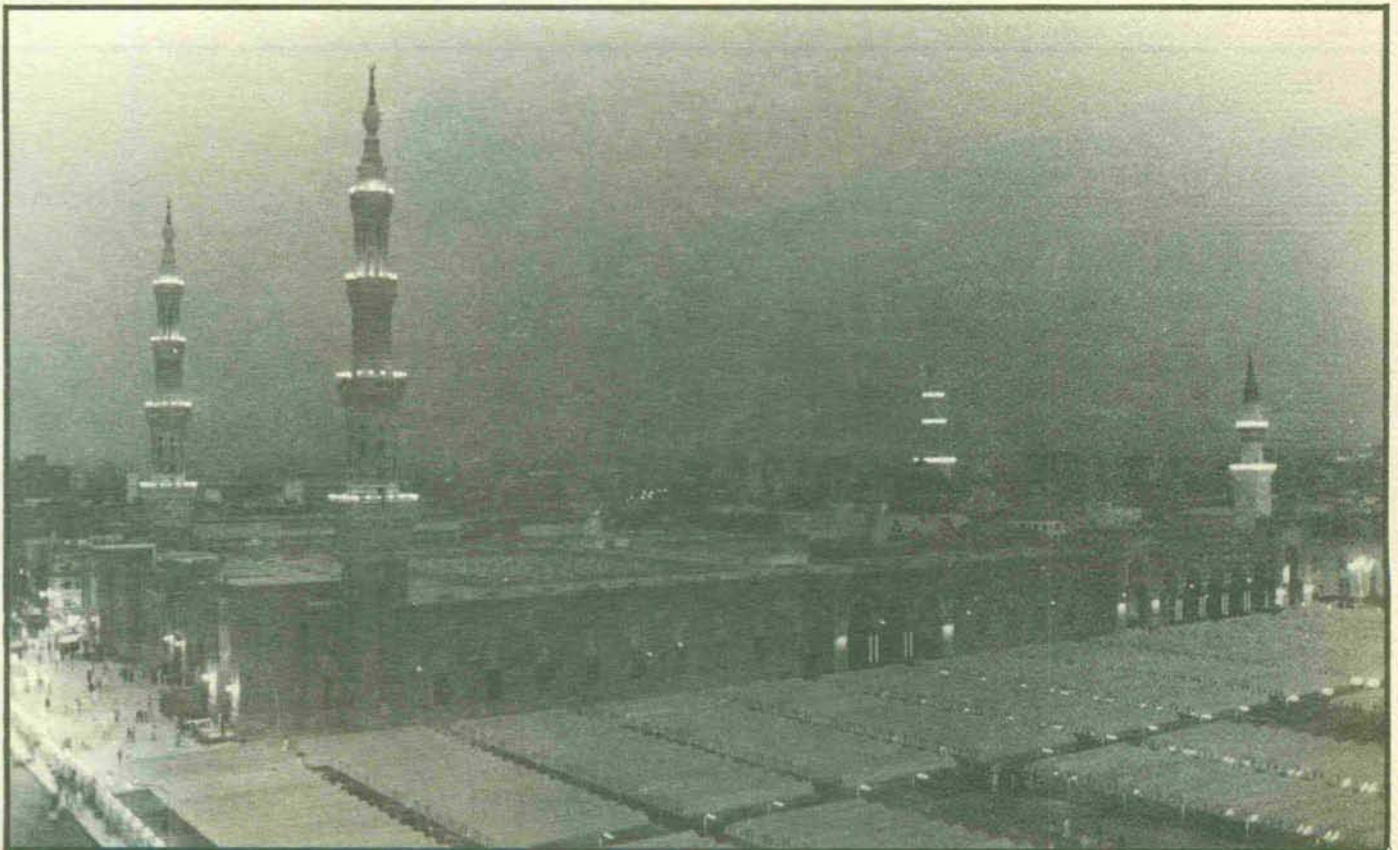


Mapa del mundo islámico.

en pie: hambre; crecimiento demográfico que puede provocar un verdadero seísmo biológico, como dice J. Pouchepadass; déficit alimentario que va a afectar al 55 por 100 de la población de aquí a quince años; ineficacia del sistema capitalista reformista y parlamentario «a la occidental», problemas étnicos y religiosos...

Tampoco parece resuelta la contradicción

entre el hinduismo (flexible, antidogmático, receptivo, humanista pero «pasivo») y la «modernidad» (dilema entre capitalismo y comunismo, exigencias del industrialismo, del cambio, intrusión de la idea de progreso como filosofía, etc.), que en vez de excluirse deberían sintetizarse, como sugiere K. M. Panikkar. El hinduismo es quien mantiene la resistencia de fondo a resolver el problema de las castas, pero no



La Meca (en la foto, la Gran Mezquita), centro espiritual supremo del Islam. Con gran solidez e increíble frescor, el Islam se está adaptando al mundo actual sin perder su identidad.



hay duda que puede aportar su tolerancia, la no violencia, el respeto a los seres vivos, la idea de una calidad de vida, a la mejora de las condiciones generales allí donde impera como forma de existencia, sobre todo si, como quería Gandhi, se pasa del énfasis en la forma contemplativa al énfasis en la forma activa.

Por su lado el budismo se ha politizado profundamente, sobre todo, desde las sucesivas guerras de Indochina y tiene gran influencia en el sudeste asiático (en Birmania ha inspirado incluso al «socialismo budista» del régimen actual) y en Mongolia, donde si no es aliado de los regímenes comunistas sí es respetado por ellos, y renace incluso en su cuna, la India. El budismo está desarrollando cierta conciencia común a nivel mundial, en un intento de reducir la hostilidad entre la doctrina theravâda del sudeste de Asia y la mahâyâna de China y Japón. El budismo, que no es sólo filosofía, sino un modo de vida totalizante, se ha asignado hoy misiones políticas, como la oposición al mundo occidental y al capitalismo. No es hostil, en cambio, al comunismo, con quien dice tener (la mahâyâna) puntos de contacto (3).

El mundo insulindio se debate entre Asia y Oceanía, entre el Islam y el hinduismo (Indonesia) o entre su «asiaticidad» y una pronunciada occidentalización (Filipinas).

(3) El budismo, por ejemplo, es una ética para la vida, no para el más allá; asimismo, presenta componentes «materialistas».

Japón, el caso atípico de Asia, a quien se concedió el dudoso honor de ser la potencia subimperialista de la zona, del lado de Estados Unidos, sigue de ese lado por su opción capitalista, pero en lo demás ha preferido confirmar su «asiaticidad» y «neutralidad», entablar relaciones amistosas con China y la URSS, y extender su influencia económica por su área «natural», lo que llama quizá con nostalgias de otros tiempos, la «Esfera del Asia del Pacífico». Su desarrollo es salvaje y su industrialismo gran devorador de energía, pero ahí están las materias primas de Asia y de Oceanía.

En China la querrela con la URSS, el giro «pro-occidental» en política exterior y los cambios internos tras la muerte de Mao no han hecho, al parecer, sino confirmar la tendencia hacia lo que es como una tradición: sus intentos de ajuste respecto del mundo exterior (medianamente ejecutados) y, paralelamente, su horror a dejar de mirar hacia adentro, a extrovertirse. China supo, en su día, hacer frente a la tradición occidental, pero supo tomar de ella lo que le convenía y llegar a una vistosa síntesis entre lo propio y lo exterior, entre nacionalismo e internacionalismo, entre «todo aquello que de valor hay en nuestro pasado» (Mao) y el marxismo-leninismo. Pero posteriormente Mao trató de romper su dependencia ideológica de Moscú, nacionalizando su comunismo y haciendo hincapié en los aspectos nacionalitarios, territoriales y aislacionistas que prepara-



Los petrodólares han convertido al pequeño centro de Abú Dhabi (hoy en los Emiratos Arabes Unidos) en un emporio. En la foto, guardia personal de un rico árabe ante un Rolls Royce.





La caída del Shah del Irán (en la foto de arriba su estatua derribada), tuvo dos importantes consecuencias: desencadenar una revolución antiimperialista y una formidable revigorización del Islam centradas ambas en la figura de Jomeini (foto de la derecha).

sen a China para encarar el futuro como potencia aparte.

Los cambios internacionales de China y sus alianzas contra natura han resquebrajado su imagen entre los países de Africa y Asia, para los que el socialismo chino era un modelo a imitar. China ha dejado de ser factor de estabilidad en Asia, como lo fue en tiempos de Bandung, tras su giro diplomático y su guerra contra Vietnam, y al pretender ser, contradictoriamente, «un país del Tercer Mundo con aspiraciones de gran potencia» (J. Guillermaz), contradicción que intentó superar con la Teoría de los Tres Mundos.

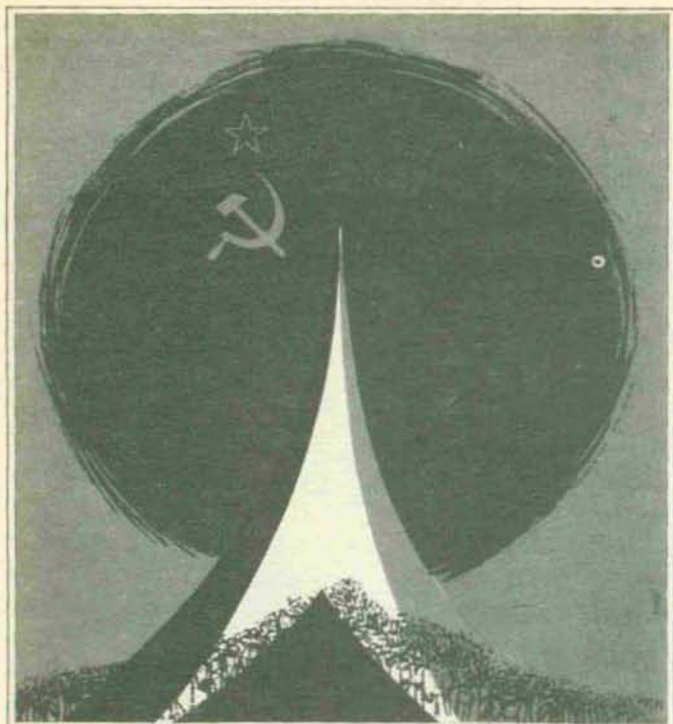
Con el Islam seguimos en Asia, pero ponemos pie en Africa. El Islam está hoy en plena efervescencia, debido, ciertamente, a problemas viejos y nuevos (Palestina, revolución iraní, crecimiento económico de algunos países), pero sobre todo, debido a las tensiones provocadas por el titánico esfuerzo de adecuación al mundo actual y de desarrollo económico y defensa, a un tiempo, de su identidad.

Como explica Martínez Montávez, el Islam se halla en una de las etapas más críticas de su existencia, enfrentado al llamado reto científico-tecnológico y al político-ideológico, y en búsqueda de un modelo de sociedad viable «no deshumanizador como el occidental, que ha llegado —para Anwar Abdel-Makel— al límite de su proyecto de civilización prometeica». El





## UNE REVOLUTION POUR TOUS LES PEUPLES



Islam estudia unir autenticidad con «modernidad», sin caer en la superficialidad del culturalismo o en una modernización sin raíces (J. Berque). Para ello posee los instrumentos adecuados, incluida la cultura religiosa, para planear un futuro viable de manera global. Y esto no es cierto sólo para los países árabes, sino también para Irán, Pakistán o Indonesia.

Porque hoy la renovación islámica y la «modernización» se plantea sobre bases islámicas más que árabes, panislámicas más que panárabes (piénsese en la revolución del iraní shiíta Jomeini), al contrario que el nacionalismo laico de Náser, de Bumedién o del *Ba'th*. Hoy algunos consideran a Gaddafi algo así como el nex

---

Para africanos y asiáticos, socialismo y comunismo, no son los «ogros» por antonomasia, como para el mundo capitalista, pues el colonialismo fue y el neocolonialismo es obra del capitalismo. En la ilustración, conmemoración palestina de la revolución rusa de 1917.



El enfrentamiento entre árabes e israelíes es uno de los problemas fundamentales de nuestro siglo.



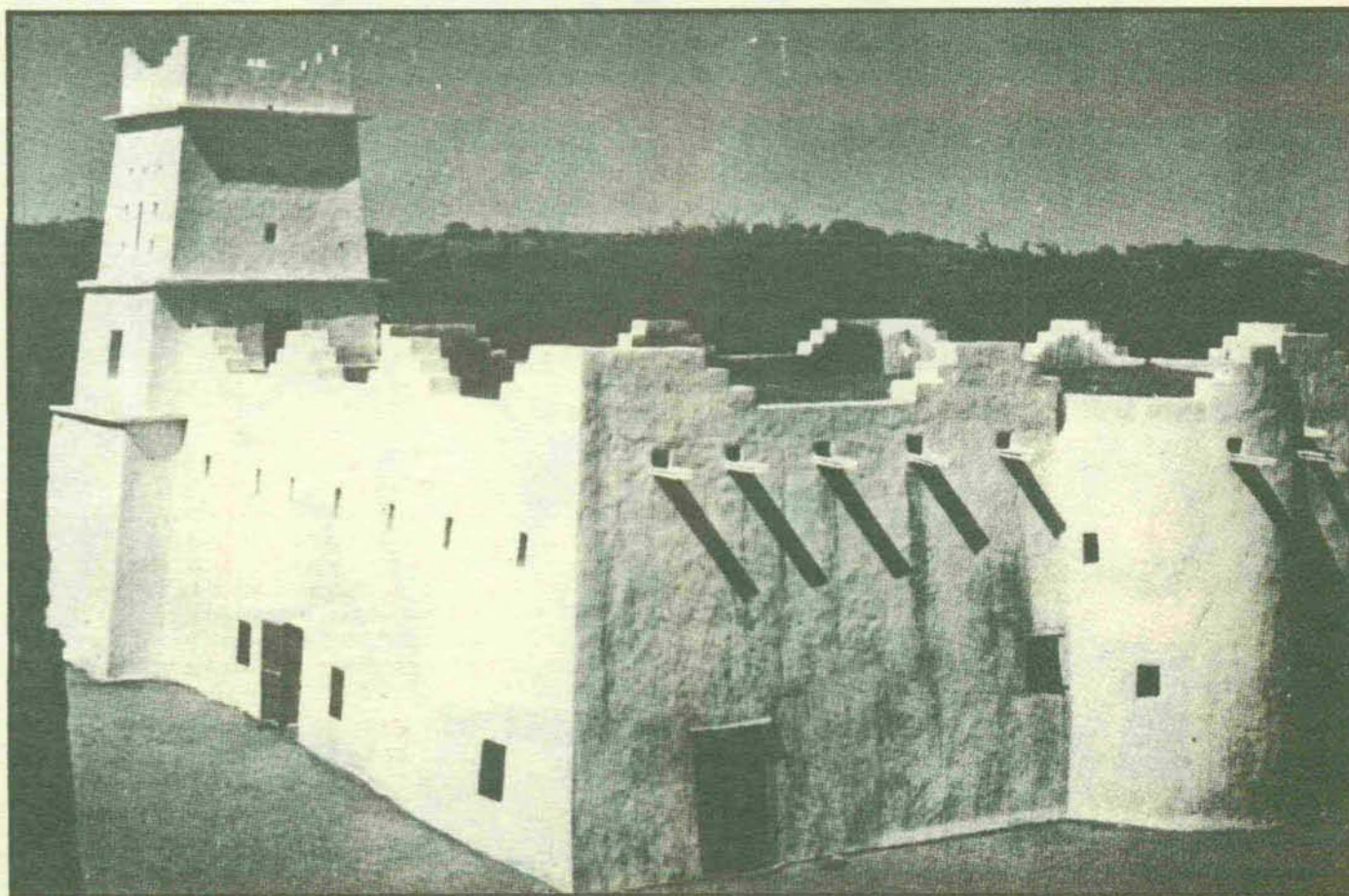
«necesario» entre nacionalismo árabe, progresista y racionalista, por un lado, y la renovación islámica en general y religiosa en particular, por el otro. Se ha producido un corrimiento de la política hacia la religión.

El Islam tiene hoy unos 750 millones de adeptos en todo el mundo, desde el Atlántico al Indico y de Asia central a África central.

En cuanto a los árabes, su extremada subdivisión política, ideológica y económica (y estatal y cultural), acentuada por el rápido crecimiento de algunos países ricos en petrodólares, apenas puede ser cubierta por una solidaridad provisional y discontinua ante el problema palestino, que los radicaliza de vez en cuando, y los lleva a arremeter contra Estados Unidos y a realizar virajes periódicos hacia la URSS. En lo económico, el problema del desarrollo parece prioritario, pero parece ser, los gobernantes árabes no son capaces, hoy por hoy, de salirse de los caminos mostrados por los europeos en el campo de la industrialización y de la relación hombre-medio cultural.



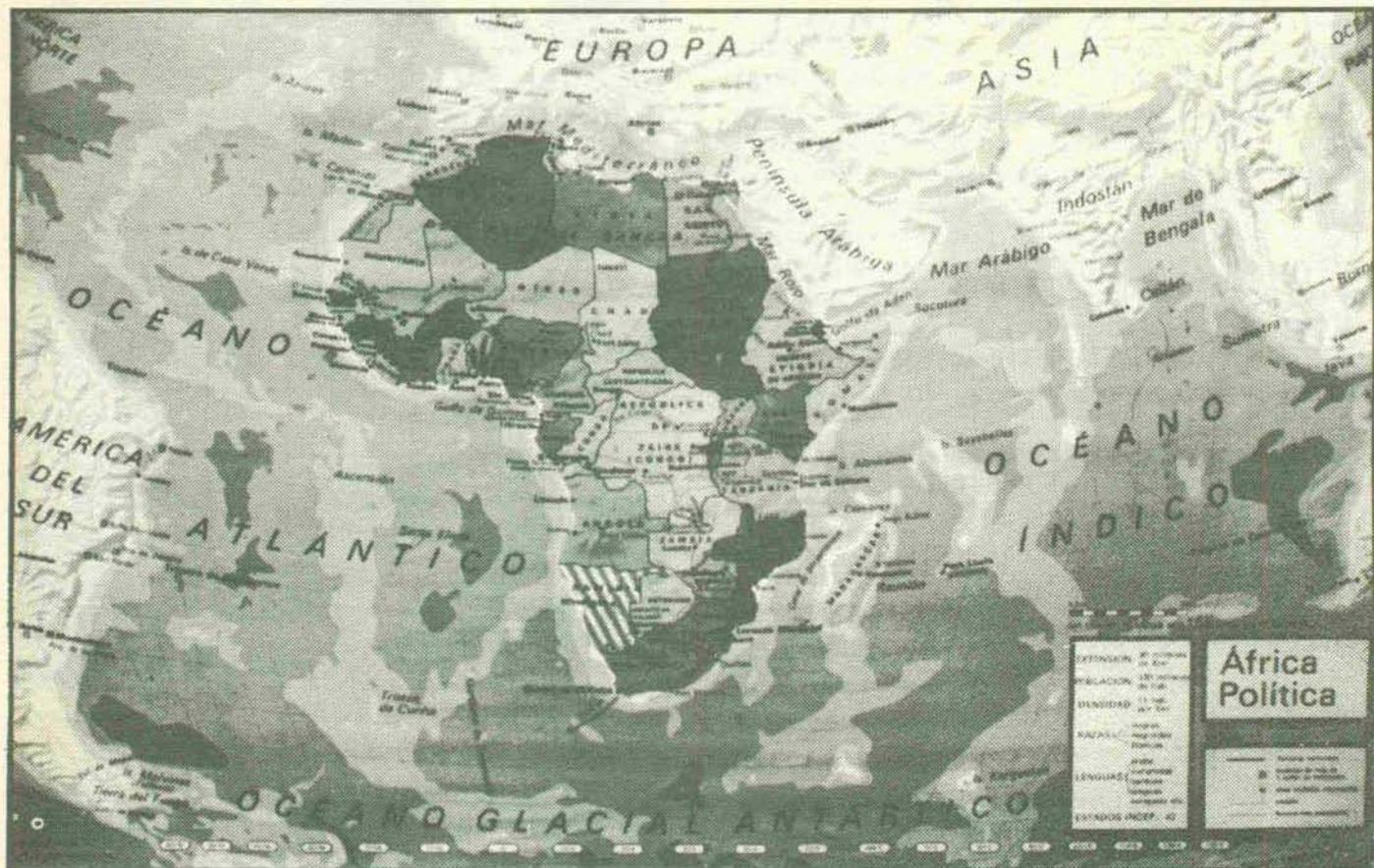
Gaddafi —izquierda con Burguiba— reúne en su persona las aspiraciones principales del Islam, actual y del nacionalismo profesista árabe.



El Islam avanza en Asia, en Europa y, sobre todo, en África Negra —donde hay unos 100 millones de musulmanes—. En la foto, mezquita de Beni, en Níger.



# AFRICA



La desoccidentalización significa también la lícita revancha contra una Europa racista que siempre negó a los africanos su humanidad y su historia. En la foto, Isabel II de Inglaterra y el Presidente de Ghana (hoy fallecido), Nkrumah, bailan amigablemente. Pero cada uno lleva su procesión por dentro...



La penosa y tremenda imagen de dos ancianos y armados latifundistas rhodesianos en 1978, poco antes de la independencia de esta colonia británica que tomó el nombre de Zimbabue. Hoy la foto podría ser válida sólo, ya, para Sudáfrica.



**V**EINTE años después de las independencias no hay desarrollo en África. Se ha puesto fin prácticamente al colonialismo (4), se ha derrumbado el imperio portugués, ha habido algún éxito en ciertos intentos *políticos* de salir de la dependencia económica del exterior, o en el apartamiento de algunas de las élites colocadas en el poder por el colonizador, han aparecido algunas potencias africanas (como Nigeria), lo que puede no ser tan positivo, y persiste la radicalización y una mínima militancia «panafricana» ante Sudáfrica.

Pero la situación general ha empeorado. La dependencia neocolonial es el conservante de la estructura heredada de la colonización: hambre, deterioro rural, sociológico, cultural y ecológico, balcanización (y balcanización mal hecha), monoproducción, surgimientos de nacionalismos cerrados, fronteras artificiales, éxodo de cerebros, demografía galopante (235 millones en 1960, 350 en 1980 y 517 en el 2000), inestabilidad política, tensiones ideológicas de nuevo tipo, etc. En medio de todo esto, África busca el desarrollo y la «modernización».

Para ello, dicen a unos africanos de derechas y de izquierdas, nada mejor que imitar lo hecho por Occidente en el campo de la industrialización y de la técnica. Aun a costa de acabar con el medio rural y con el medio ambiente, que no parecen encajar en los planes de los desarrollistas y de los técnicos locales, que están con la mente puesta en Suecia, Hungría o in-

(4) Quedan, controlados por potencias exteriores, algunos pequeños territorios geográficamente africanos: Ceuta y Melilla, y algunas islas británicas y francesas del Atlántico y del Índico.

cluso en Estados Unidos, y buscan no un desarrollo modesto, a la China, sino un desarrollo de lujo. Ya hay fábricas gigantescas o que producen géneros suntuarios para las élites de las ciudades. Y crecen las ciudades, aberrantemente (Zambia tiene un 40 por 100 de población urbana, casi como los países del sur de Europa; la capital de Ghana, Accra, tenía en 1970 450.000 habitantes, hoy tiene 750.000): en las ciudades europeizadas se deshace el mundo africano entre la marea de automóviles y las moles de los rascacielos. La preferencia urbana no se discute.

Ante esto, tímidos intentos de comenzar el desarrollo desde el campo, partiendo de lo que hay, de ver cómo «se traslada la savia cultural autóctona a la civilización técnica» (Jornadas de Tecnología de Dakar, 1978).

Los sistemas políticos calcados de los europeos y superpuestos a la realidad del África Negra no han dado, como era de esperar, los resultados esperados: como quedó demostrado, por poner algún ejemplo, con el bipartidismo a la inglesa de Ghana, o con el parlamentarismo presidencialista a la francesa de Senegal o de la República Centroafricana, e incluso, con los socialismos copiados del soviético.

El futuro de África, para muchos africanos, se reduce a una lucha entre el Progreso (europeización) y el Atraso (tradicición). Lo contrario, para ellos, sería «volver a la tribu», como expresan con frase autorracista (y errónea). El esquema evolutivo occidental atrae a políticos y economistas, por convicción y porque quieren demostrar al mundo que los despreciados (por los europeos) africanos son capaces de logros aparatosos y cuantificables, y de espíritu

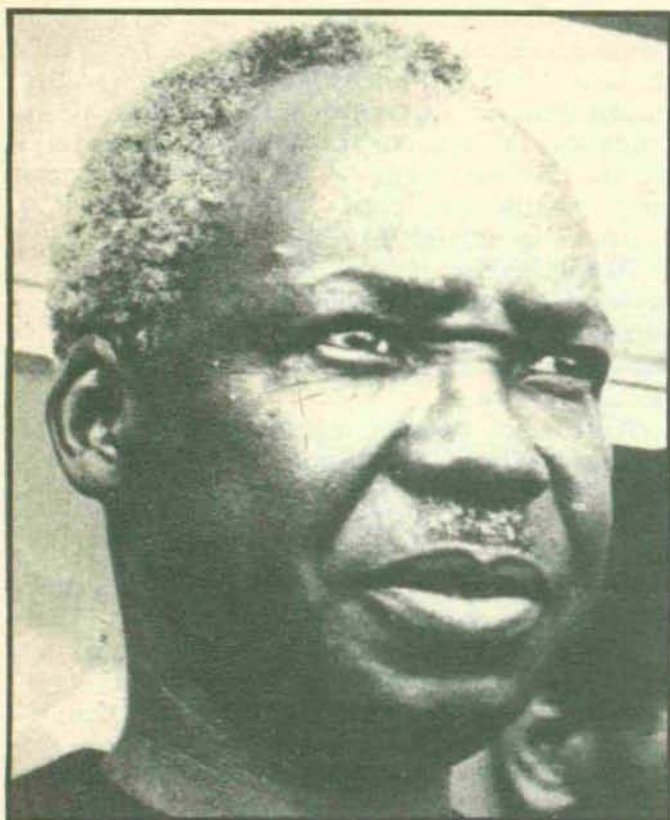


Cuarenta y cinco o cincuenta golpes de Estado, con éxito o no, desde 1950, provocados por la confluencia de causas exteriores e interiores, son uno de los factores de la crisis política de África. (En la foto, Idi Amin Dadá, ex dictador de Uganda.)



La política tradicional sobrevive con cierta salud por debajo de la política «moderna» del Estado procolonial. Seku Tura, en la foto, dirigente supremo del partido único de Guinea, debe tener en cuenta, sin embargo, a los dirigentes regionales herederos de los gobernantes precoloniales.





Criticado por capitalistas y marxistas, el *socialismo africano* es la elaboración ideológica más completa del Africa Negra poscolonial. En la fotografía, el líder tanzano Nyerere, uno de sus máximos ideólogos.



El artista y el intelectual africano actual busca inspirarse hoy en la tradición histórica, como hace el escultor ecuatoguineano Leandro Mbomio Nsue.

técnico. Querrían formar, y lo hacen, a los africanos en este espíritu, compartimentar un pensamiento que se caracteriza por una concepción global de la realidad. De ahí a perder la propia identidad, sólo hay un paso.

En la actualidad, sin embargo, hay como una revigorización, a veces fragmentaria e indecisa, del fondo cultural y un interés creciente por la herencia social y filosófica que considera útil y no inservible. Para adecuar lo africano al mundo de hoy habrá que hacer muchas cosas. Entre otras, romper la dependencia; superar el complejo de inferioridad; acabar con las oligarquías occidentalizadas y reaccionarias; revitalizar al campesino, pues es la ciudad lo que empuja a aceptar lo occidental (5), mientras que el campo —pero ¿por cuánto tiempo?— sigue siendo una reserva de africanidad, y así lo han entendido los malgaches al restablecer las antiguas comunidades rurales o *fokonolona*, y el socialista africano Nyerere en Tanzania, al crear las «aldeas *ujamaa*», para conectar al medio rural un concepto de desarrollo y evitar la degeneración del campesinado; y buscar las bases filosóficas adecuadas para efectuar una ruptura con el modelo occidental de sociedad.

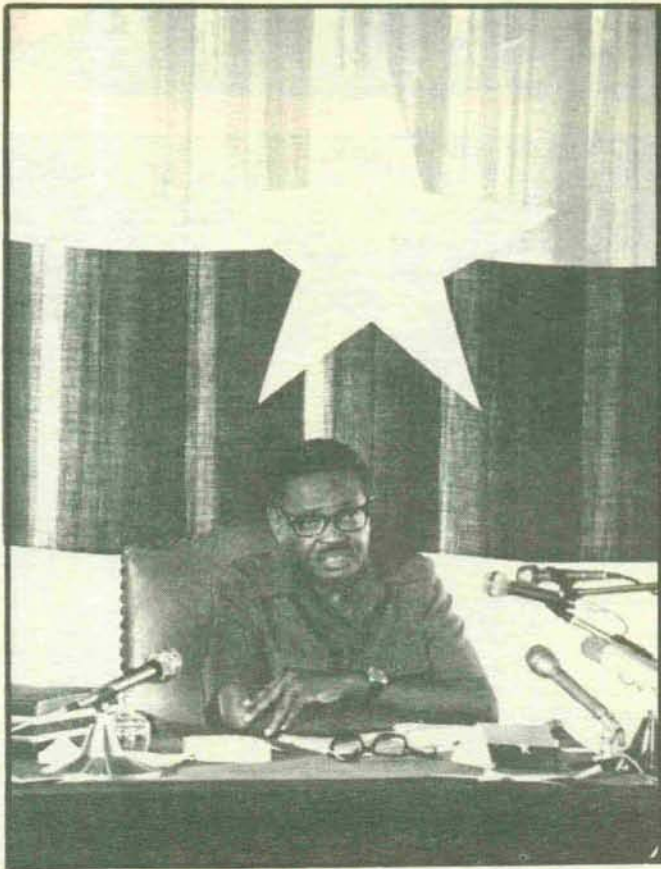
Para esto último habrá que desmontar los presupuestos filosóficos del pensamiento dinámico (el Progreso, el Cambio, etc.) y llevarlo, si es que hay que conservarlo, a unos límites compaginables con la tradición africana y con el establecimiento de formas viables a escala ecológica. Así, habrá que reactualizar el comunismo y el igualitarismo, la idea de la preponderancia de la sociedad sobre el individuo; habrá que conservar la mentalidad fuertemente cívica, participativa, de grupo, que el colonialismo no pudo destruir, aunque lo intentó (F. Diawara).

Un sistema político viable deberá tener en cuenta la fidelidad étnica o de nacionalidad (mal llamada «tribal»). Y la fidelidad clánica, muy importante a la hora del juego político, pues la legitimidad política reside más en los grupos de linajes o en las nacionalidades que en cualquier otra institución que abarque a todo el país (M. Weiner). Otro importantísimo componente, básico, de la vida política africana es el concepto de solidaridad, que impregna todos los aspectos de la actividad humana (J. S. Mbiti) y confiere su originalidad al socialismo africano, a la modalidad africana de democracia, de grupo político e incluso al presidencialismo, y, quién lo diría, a los peores despotismos.

En la vida política prima la unanimidad y la participación, prefiriéndose la ley del equilibrio a la del número. El compromiso es rey. Todo

(5) Aun así, la fuerza de la tradición africana ha conseguido crear nuevas formas de adaptación y supervivencia en la ciudad. Pero hay poblaciones que se niegan a marchar a la ciudad, o que vuelven al campo al cabo de un tiempo.





Africa es el continente con mayor número de regímenes de izquierda. En la foto, Agostinho Neto, dirigente angolano, muerto en 1979.

esto está contenido en el partido único, tan frecuente en Africa (pero a éste le falta la discusión y la participación tradicionales y los mecanismos de freno de la arbitrariedad y del abuso) y en el socialismo africano, el más poderoso medio de modernización nacido en Africa, de éxito mediano, aunque no siempre por su culpa.

Filosóficamente, lo que tiene repercusiones en el campo ecológico, el africano prefería hoy ya no tanto, sobre todo si está europeizado—integrarse en el medio, adaptarse a la naturaleza, proteger —no siempre con acierto— la tierra de la que vivía. Las comunidades humanas de pequeña entidad (6), anarquías, jefaturas, pequeños reinos y repúblicas, cumplían esta regla y algunos africanos vuelven su vista hacia ellas y las estudian...

Los africanos están a tiempo de hacer un inventario de los elementos de su propia cultura, de buscar lo que les permita adaptarse al mundo actual sin perderse en lo excesivamente particular, pero sin disolverse en lo «universal», como dice el filósofo beninés Hontoundji. ¿Lo entenderán así dirigentes e intelectuales africanos?

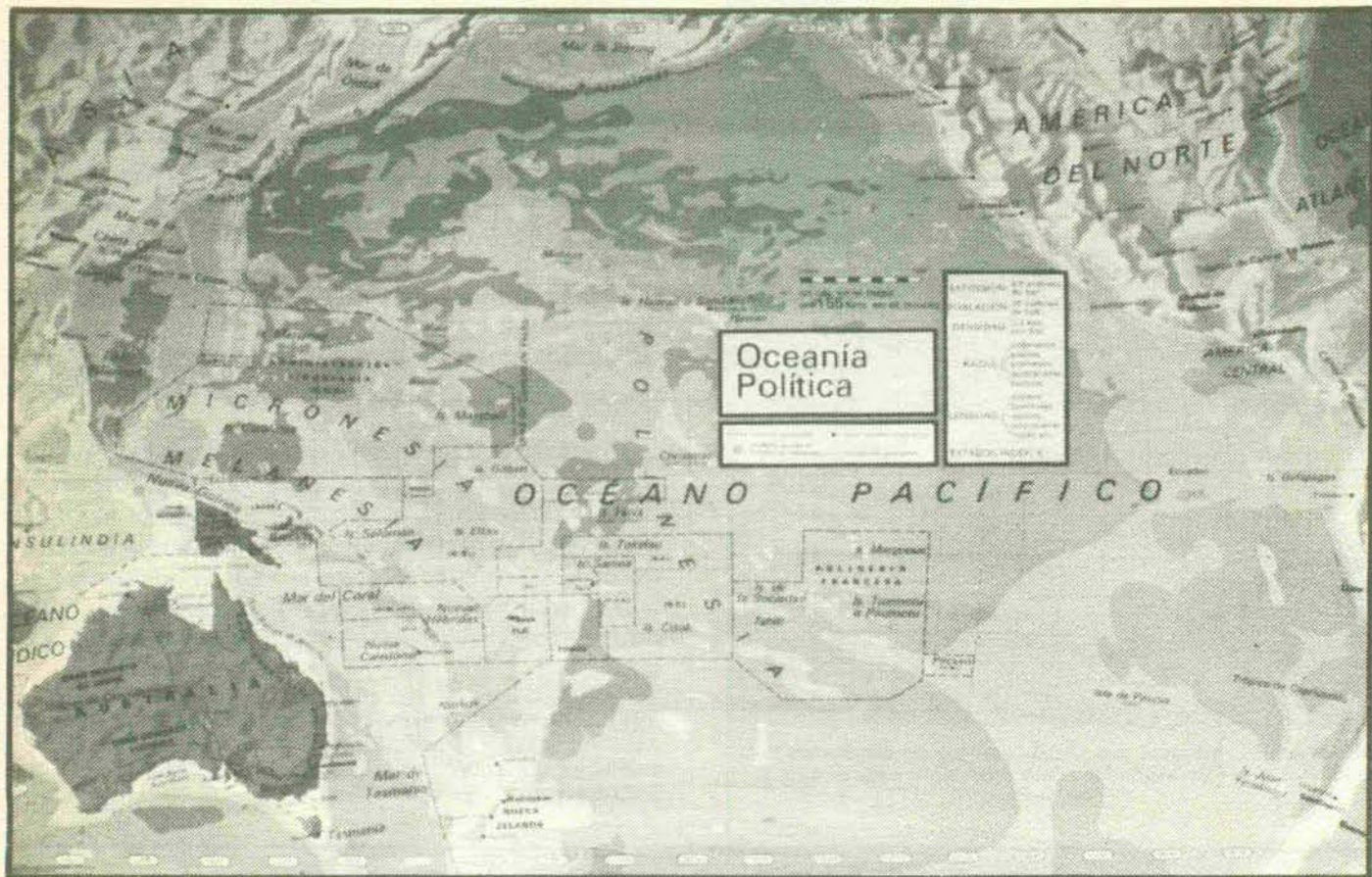
(6) Que existían y todavía existen a veces, también en Asia, Oceanía y América. Algunos ecólogos proponen tomarlas en consideración, al estimarlas más viables y menos destructoras.



Rito de iniciación entre los dogon de Mali. La fragilidad material y técnica de muchas civilizaciones africanas está compensada por una gran fuerza y solidez socio-cultural.



# OCEANIA



El rey Tupou IV de Tonga y su esposa, en la ceremonia polinesio-europea de la coronación en 1967. La hibridación cultural no es «enriquecedora» si, como es frecuente, se basa en la dominación y en la imposibilidad de elección libre, como sucedió en Oceanía.



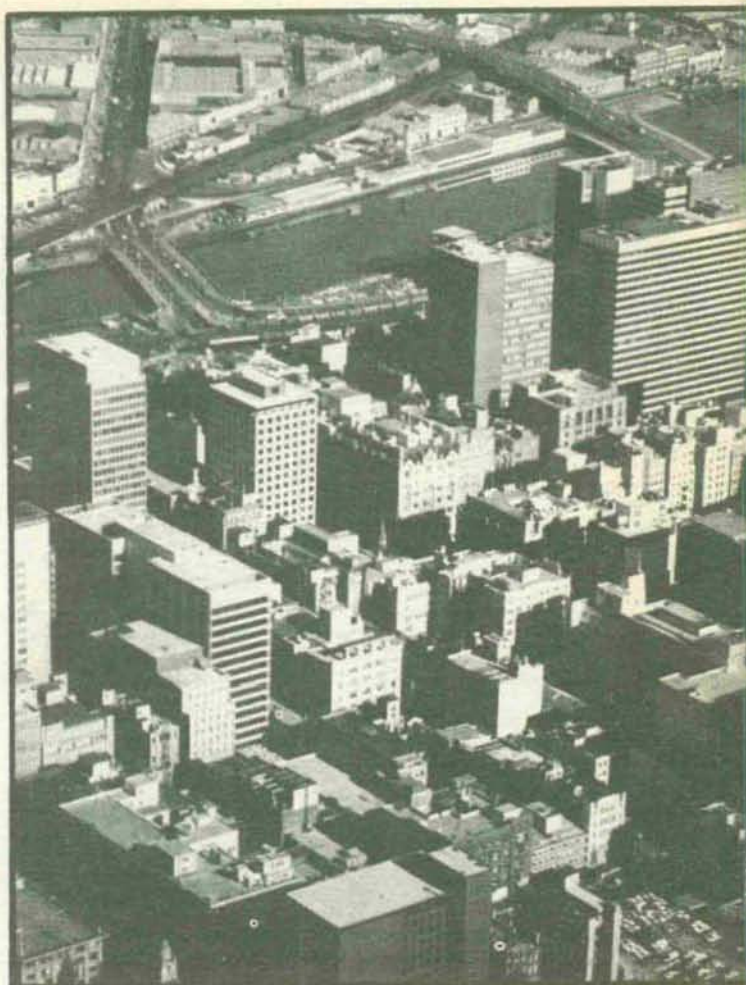
**O**CEANÍA, habitada antaño por gran número de pueblos que crearon infinidad de culturas diferentes, dominada por Europa y Estados Unidos desde el siglo XVIII, es hoy un lago occidental, salpicado de pistas de aterrizaje, bases navales y rascacielos, con una población total de 22 millones de los que unos 17 son de origen europeo. La destrucción colonial fue intensa, tanto que la mayoría de las sociedades oceanianas, de muy exigua entidad por lo general, no han podido recuperarse, al contrario que las de Africa o Asia. Salvo Australia y Nueva Zelanda, el resto del vasto y disperso mundo oceaniano pertenece al mundo del subdesarrollo; políticamente, pertenece al mundo capitalista.

Pese a las independencias de los últimos doce años, Oceanía es la parte del mundo que encierra el mayor número de territorios todavía no soberanos (7). Lenta y pesadamente irán independizándose. Pero nada va a cambiar demasiado. Estados Unidos va a seguir siendo la potencia hegemónica indiscutida, seguida a distancia por Australia y Francia, y por Japón. Los países soberanos autóctonos sólo pueden extender la mano a unos y a otros, sobrevivir «gracias» al turismo y a su «neutralismo prooccidentalista». Aquí el neocolonialismo funciona demasiado bien, con sonriente desfachatez, y los monopolios y las transnacionales compiten entre sí con caballerosidad. La enorme porción oceaniana del Pacífico es hoy poco más que un apéndice en vías de occidentalización, sin futuro propio. Tras la guerra de Vietnam, además, ha dejado de ser una región cerrada y marginal para convertirse en la retaguardia de Washington «al este de Asia».

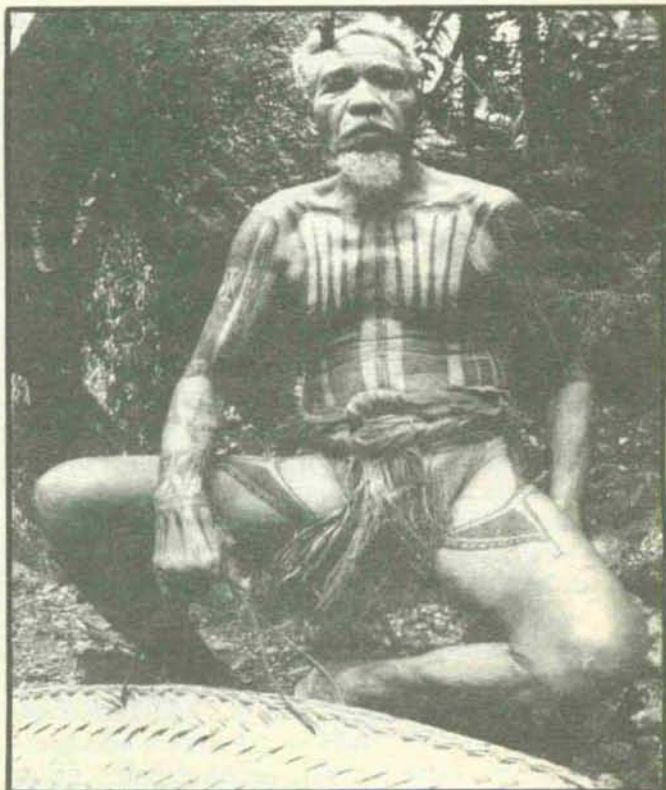
Varias entidades políticas, militares y «culturales» mantienen sin dificultad la cohesión, en su beneficio, de este mundo insular: la SPC, el Consejo de Asia y del Pacífico, el ANZUS, y se habla de una Comunidad del Pacífico, todo ello bajo la supervisión de Estados Unidos.

Continente «sin izquierdas», los movimientos de oposición colonial son los únicos existentes, y aun así, salvo el de los canacos de Nueva Caledonia, débiles y acomodaticios, como los de la Micronesia estadounidense, que parecen aceptar el status de asociados, a la puertorriqueña. Durante un tiempo hubo una fuerte oposición a las campañas de experimentos nucleares franceses en Polinesia.

En los nuevos Estados independientes los problemas son más bien de supervivencia, dada la escasa cohesión nacional en países multina-



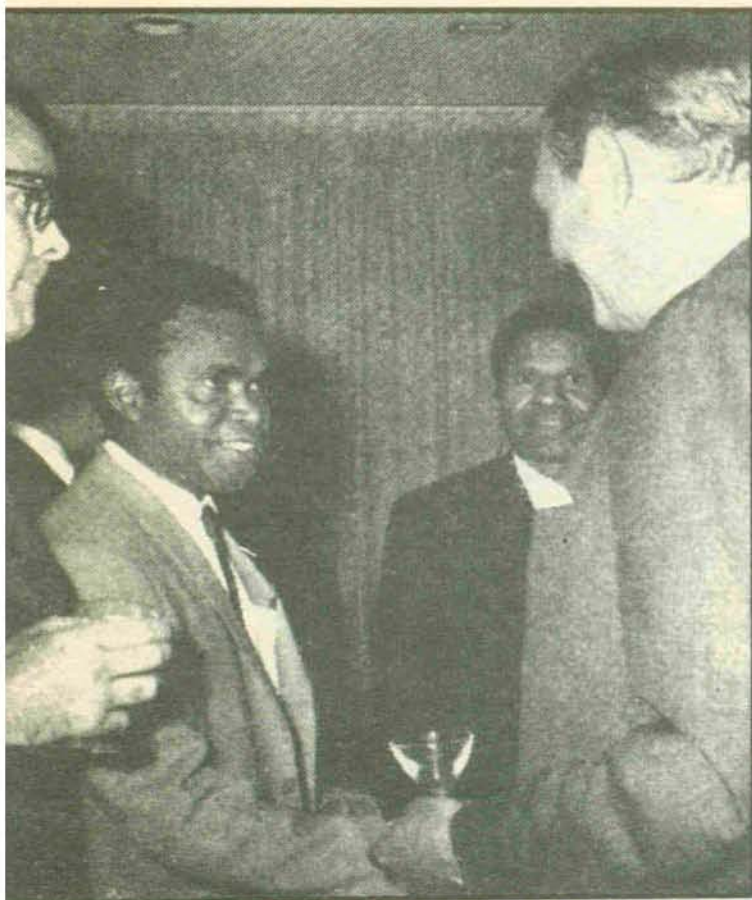
Sydney, con tres millones largos de habitantes, es la mayor ciudad de ese continente semidespoblado que es Australia.



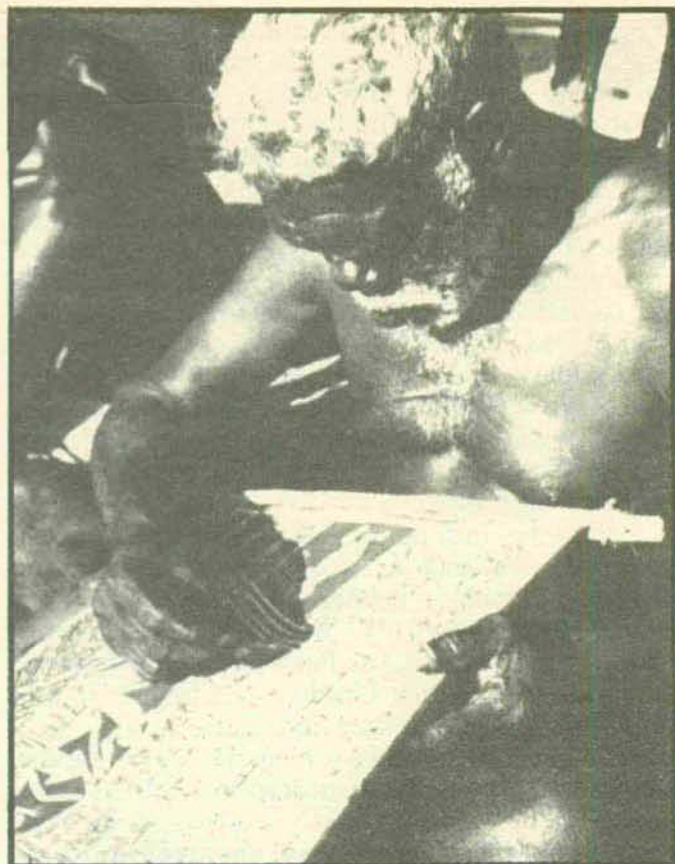
Por debajo de la brutal destrucción cultural europea, asoma hoy cierto resurgir tradicionalista. En la foto, Dapoy, jefe tradicional en activo de Gagil, en la posesión estadounidense de las Carolinas, en Micronesia.

(7) Poseen colonias o fideicomisos Australia y Nueva Zelanda (algunos archipiélagos), y cinco potencias exteriores: Chile (Pascua), Indonesia (Nueva Guinea occidental), Reino Unido (Pitcairn), Francia (Polinesia francesa, Nueva Caledonia, etc.) y Estados Unidos (Guam, Fideicomiso del Pacífico o Micronesia, Samoa norteamericana, etc.).





Michael Somare, jefe del gobierno de Papúa —Nueva Guinea— (Melanesia), país independiente desde 1978.



Los aborígenes australianos, pese a su deterioro material, se resisten victoriosamente, hoy por hoy, a perder su cultura. En la foto, aborígen de Groote Eylandt ejecutando una pintura religiosa sobre una corteza.

cionales, como Papúa-Nueva Guinea, con 700 lenguas diferentes.

Los recursos de las exiguas islas son objeto de explotación masiva, lo que causa grandes destrozos ecológicos y pone en entredicho el futuro: Nauru, isla de 21,4 km<sup>2</sup>, donde se explotan fosfatos a cielo abierto, debe importar... tierra para cubrir los «huecos». Australia y Nueva Zelanda emplea masivamente a mano de obra tongana, melanesia, samoana, pero hay desempleo. La agricultura, volcada a la exportación, es de propiedad extranjera en casi todos los países independientes.

La occidentalización, claro está, ha sido profunda: la moral del lucro, el individualismo, el consumismo se han introducido poderosamente. Micronesia ha sido la más afectada. Pero la resistencia de algunos sectores a convertirse en estado de la Unión norteamericana ha galvanizado políticamente a gran parte de los isleños, y los ha hecho remitirse, casi inconscientemente, a su pasado y a su cultural.

Polinesia, con el espectro de las destrozadas Hawai'i ante sí, lucha culturalmente por sobrevivir, con éxito mediano. En la Polinesia francesa y en Nueva Zelanda se ha producido cierta renovación, bien a partir de elementos netamente preeuropeos (entre los maori de Nueva Zelanda) bien a través de síntesis polinesio-europeas (también en Nueva Zelanda).

En Melanesia la memoria histórica colectiva reaparece a la menor incitación, mostrando que en Papúa-Nueva Guinea la mayoría de la población sigue integrada en sus múltiples universos propios, pese a que se trata de culturas exhaustas, pero orgullosas de su pasado, donde la propiedad de la tierra, al contrario de lo que está pasando en Polinesia o Micronesia, sigue en gran parte con status comunitario, como dice J. A. Kolia. A esto ayuda políticamente el desarrollo constante de movimientos políticos de reestructuración y síntesis, llamados «cultos cargo» (Papúa-Nueva Guinea, y recientemente en Vanuatu). Todo esto garantiza hoy por hoy la relación entre pasado y futuro.

¿Y los 200.000 australianos aborígenes? Sumergidos en una sociedad blanca y racista de 14 millones de personas, amontonados en sus reservas o en las chabolas urbanas, alcoholizados, siguen conectados casi milagrosamente con su mundo tradicional. A él vuelven de vez en cuando físicamente para recuperarse psíquicamente con sus rituales y creencias virtualmente intactos. Pero aquí el choque ha sido brutal, y quizá no haya nada que hacer para salvar a los aborígenes, que oscilan hoy entre la integración y el desarrollo separado, vigilados blandamente por unas autoridades blancas que seguramente esperan su extinción.

■ C. A. C.





Poco queda de la Australia precolonial. Como un símbolo, un dingo, perro indígena australiano, reposa junto a sus amos de origen británico en un pueblo del interior.

### Bibliografía mínima

Harroy, J. P.: *La economía de los pueblos sin maquinismo*. (Guadarrama, Madrid, 1973). Bai-roch, P.: *El Tercer Mundo en la encrucijada*. (Alianza, Madrid, 1973). Dumont, R.: *La croissance... de la famine!* (Seuil, París, 1980). Caranci, C. A.: *El Tercer Mundo*. (Espejo, Madrid, 1973). Varios: *Geografía de la pobreza absoluta*. (Núm. monográf. de El Correo de la Unesco, París, 10-1981). Allen, R.: *El hombre y la Naturaleza*. (Montaner y Simón, Barcelona, 1978). Bouthoul, G.: *La surpopulation*. (Payot, París, 1964). Breese, G.: *La urbanización en los países de desarrollo reciente*. (UTEHA, México, 1968). Varios: *El hombre en la biosfera*. (Núm. monográf. de El Correo de la Unesco, París, 4-1981). Kahn, H. y Wiener, A.: *L'an 2000*. (Robert Laffont, París, 1968). Vasiliev, M. V. y Gúshev, S. Z.: *El mundo y el hombre en el siglo XXI*. (Atlante, Madrid, 1967). Tamames, R.: *La polémica sobre los límites del crecimiento*. (Alianza, Madrid, 1974). James, E. O.: *Historia de las religiones*. (Alianza, Madrid, 1975). Balandier, G.: *Antropología política*. (Península, Barcelona, 1969).

Davidson, B.: *The Africans*. (Penguin, Harmondsworth, 1973). Lloyd, P. C.: *Africa in So-*

*cial Change*. (Penguin, Harmondsworth, 1967). Varios: *Africa* (Núm. monográf. ICE, Madrid, 3-1980). Dumont, R. y Mottin, M. F.: *L'Afrique étranglée*. (Seuil, París, 1980). Maquet, J.: *Africanité traditionnelle et moderne*. (Présence Africaine, París, 1967). Mbiti, J. S.: *African Religions and Philosophy*. (Doubleday, Garden City N.Y., 1970). Deschamps, H.: *Les institutions politiques de l'Afrique Noire*. (PUF, París, 1965).

Walty, P. t.: *The Asians*. (J. B. Lippicott, Philadelphia, 1966). Myrdal, G.: *Asian Drama*. (Penguin, Harmondsworth, 1968). Sourdel, D.: *L'Islam*. (PUF, París, 1968). Martínez Montá-vez, P.: *El Islam*. (Salvat, Barcelona, 1981). Arvon, H.: *El budismo*. (Mirasol, Bs. Aires, 1961).

Villaret, B.: *El Pacífico*. (Argos, Barcelona, 1972). Julien, C. A.: *Histoire de l'Océanie*. (PUF, París, 1970). Moorehead, A.: *Le péril blanc. Les civilisations assassinées du Pacifique*. (Plon, París, 1967). Worsley, P.: *Al son de la trompeta final*. (Siglo XXI, Madrid, 1980). Pike, D.: *Australia, continente tranquilo*. (Labor, Barcelona, 1968).

Carlo A. Caranci